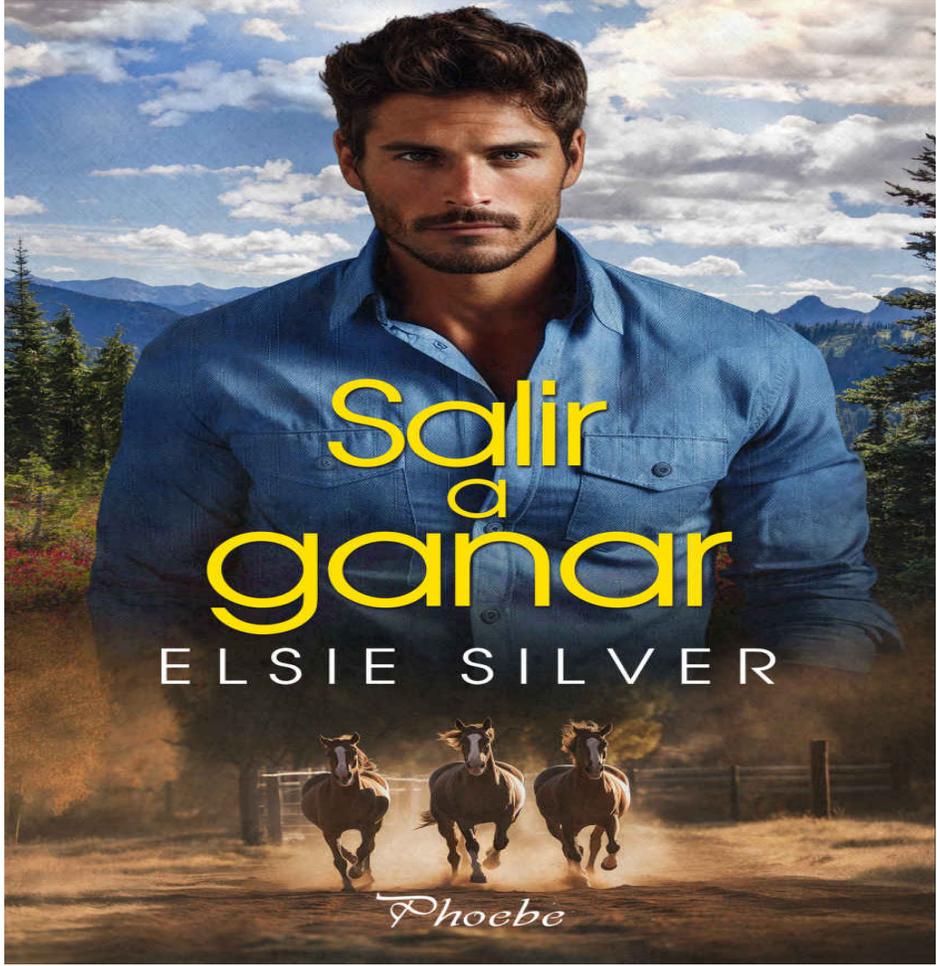
A man with dark hair and a beard, wearing a blue button-down shirt, stands in a mountainous landscape under a cloudy sky. The background features green pine trees and distant mountains.

# Salir a ganar

ELSIE SILVER



*Phoebe*



Salir  
a  
ganar

ELSIE SILVER

*Phoebe*

ELSIE SILVER

Salir  
a  
ganar

Traducción de Silvia Barbeito



*Phoebe*

Título original: *Out of the Gate*

Primera edición: diciembre de 2023

Copyright © 2021 by Elsie Silver

© de la traducción: Silvia Barbeito, 2023

© de esta edición: 2023, ediciones Pàmies, S. L.  
C/ Mesena, 18  
28033 Madrid  
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-10070-00-4

BIC: FRD

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO®  
Fotografías de cubierta: Wirestock/user16639364/freepik.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

# ÍNDICE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

CONTENIDO ESPECIAL

*Para todas las chicas que creen que lo mejor que se puede hacer con las flores es trenzarlas en la crin de un caballo.*

*«—¿Por qué estás tan triste?*

*—Porque tú me hablas con palabras y yo te miro con sentimientos».*

***Lev Tolstói***

# 1

ADA

Aterrizo con un ruido sordo que resuena por todo mi cuerpo. Me castañetean los dientes por el impacto y se me clava una piedra en el omóplato derecho. Cierro los ojos y deajo escapar un gemido al escuchar el golpeteo de los cascos al galope.

Otra vez. Me ha dejado caer otra vez.

Cierro los ojos con fuerza. Soy una granjera, me criaron para ser dura, pero, por Dios, esto va a acabar conmigo.

Solo quiero pasar las vacaciones de verano de la universidad entrenando a mi nueva yegua; quiero ser yo la primera que la monte y, quizá, dar una vuelta a la pista con ella: mis expectativas son muy bajas, pero ella no está por la labor.

Se acercan unos pasos, pero no abro los ojos. Sé que todos los peones del rancho creen que mi objetivo es un chiste y, la verdad, prefiero no oír hablar de ello.

Estoy bien, creo. Magullada y dolorida de narices, pero bien. Si no me muevo, no me duele nada, así que a lo mejor me quedo aquí para siempre, tirada en el campo.

Deajo escapar un sonoro suspiro y doy un repaso a mi cuerpo molido.

*Puedo mover los dedos de las manos y de los pies.*

*Todavía soy capaz de girar la cabeza.*

—¿Estás viva, Ricitos de Oro?

El corazón se detiene en mi pecho.

Cierro los ojos con más fuerza.

Esa voz... La sangre se me acumula en las mejillas y me pongo roja como un tomate.

—Juraría que te había enseñado a hacerlo mejor.

Todo el aire de mis pulmones se escapa con un jadeo.

Dermot Harding.

El corazón vuelve a funcionar de golpe y late desbocado tras mis costillas; alzo las manos para pasármelas por la cara, sin querer mirarlo porque sé de

sobra lo que voy a ver: al hombre más atractivo que conozco, mayor y fuera de mi alcance; el hombre al que me he pasado los tres últimos años intentando olvidar; el enamoramiento infantil que aún no he superado.

El hombre del que estoy pillada desde que era una niña de diez años.

Cuando por fin me animo a abrir los ojos, él está mirándome sonriente; me bloquea el sol, que reluce a su alrededor como si llevara un halo.

Me derrito en un charquito de amor patético y mudo a sus pies. Me olvido de mi yegua; me olvido hasta de dónde estoy. Me limito a mirarlo pensando que podría quedarme aquí, bajo ese brillo, y ser feliz.

Y entonces me inunda la ira. Tres largos años sin una carta, sin una palabra. Nada. Me aferro a ese sentimiento porque sé que voy a necesitarlo para mantenerme firme. Ese fuego y esa furia son lo único que va a impedir que tropiece dos veces en la misma piedra. No me he esforzado tanto en seguir adelante para acabar así de nuevo.

—Has vuelto. —*Es evidente, Ada, no seas idiota.* Parpadeo como si no pudiera creer que esté plantado ahí de verdad, junto a mí, en carne y hueso después de tanto tiempo—. ¿Cuándo has vuelto?

Extiende una mano enorme para ayudarme.

—Hace un par de meses.

Le agarro la mano, reprimiendo un gemido cuando nos tocamos. En lugar de eso, dejo escapar un gorgoteo incómodo. Todo mi cuerpo cobra vida cuando está cerca, como si una corriente eléctrica me recorriera el brazo. Tocarnos es como apoyar los dedos sobre una valla electrificada, siempre lo ha sido.

*Para mí por lo menos.*

Abre los ojos de forma casi imperceptible cuando me pongo de pie, y él aparta la mano como si pudiera contagiarle algo o, sin más, no soportara tocarme.

Como aquella noche.

Me aclaro la garganta y me sacudo el polvo de los vaqueros. Echo los hombros hacia atrás y levanto la barbilla, orgullosa. Me niego a desmoronarme frente a él. No tengo nada de lo que avergonzarme: soy una adulta, una estudiante universitaria que vive su propia vida. He tenido novios. He crecido. He seguido adelante.

Todos tomamos decisiones lamentables cuando pasamos por un amor adolescente.

Por el rabillo del ojo veo a Penny, mi yegua, pastando tan contenta junto a la

valla. ¡No se siente ni un poquito mal por haberme tirado al suelo! Al parecer, está encantada de deshacerse de mí, y tengo que aprender a canalizar esa energía.

¿Hace meses que ha vuelto y ni siquiera ha pensado en venir a saludarme?

—¿Y vas a quedarte? —pregunto, y en mi voz se filtra la amargura de sentirme insignificante.

Dermot se mete las manos en los bolsillos y da pataditas en el suelo.

—Necesitaba un tiempo para recuperarme después del servicio. Para relajarme.

Su tono grave hace que abra los ojos y lo contemple de arriba abajo. Aquí estoy, actuando como una niña enfurruñada sin siquiera haber considerado si su tiempo en el ejército ha hecho mella en él.

Lo devoro con la mirada como si fuera un refresco frío en un día caluroso. Es de lo más irritante que esté tan bueno como lo recordaba, y hasta me veo obligada a admitir —con un sentimiento de calidez en las entrañas— que incluso puede ser que esté más deslumbrante que antes. Parece más musculoso, más ancho y maduro; ahora debe de tener treinta y un años, y una sombra oscura acecha tras sus ojos insondables, como los de un hombre que ha visto demasiado.

Da igual: está más irresistible que nunca, con esos agudos ojos marrones y el pelo aún más oscuro, con esos fuertes rasgos masculinos que, de algún modo, no resultan demasiado toscos. Con la perfecta sombra de vello sobre sus labios bien formados.

Unos labios que no correspondieron en absoluto a mi beso aquella noche.

Sus enormes manos podrían abarcar toda mi cintura. Dermot es alto e imponente, un ranchero de los pies a la cabeza, y a su lado me siento como un frágil pajarillo que ha estado revoloteando a su alrededor durante años en busca de atención.

Un pajarillo al que ahuyentó hace tres años, antes de abandonar el rancho... y el país.

Fui hasta su porche, anegada en lágrimas al enterarme de que iba a irse, y con voz anhelante le dije que iba a echarlo de menos y que lo amaba.

Y luego me puse de puntillas, deslicé las manos sobre sus hombros musculosos y lo besé. Él permaneció ahí, congelado.

«Ada, no puedes hacer esto, eres demasiado joven», dijo con una mirada triste, apartándome con suavidad.

El recuerdo todavía me da escalofríos y me seca la garganta. Si lo permitiera, aún me haría llorar, pero ya hace mucho tiempo que he dejado de llorar por Dermot Harding y he seguido adelante.

—¿Qué haces aquí? —Mi voz suena vacilante incluso a mis propios oídos; me cruzo de brazos para ocultar el temblor de mis manos.

—Tu padre me ha pedido que venga a entrenar a algunos de los potros más jóvenes. —Me sonrío y se me caen las bragas. *Eres patética, Ada*—. Dice que nadie inicia a un caballo mejor que yo.

Esbozo una sonrisa forzada y me pierdo en la calidez de sus ojos, de un marrón suave y seductor, como las sillas de montar que pasaba horas engrasando sobre la valla mientras veía cómo domaba a los caballos más jóvenes cada verano. Ese color hace el contraste perfecto con el verde brillante del valle de Ruby y el arroyo que desemboca en la empinada cordillera de North Cascades.

—Y después de haberte visto hace un momento, tengo que decir... que a lo mejor sé por qué lo piensa.

Me guiña un ojo, tan engreído y bromista como siempre, como si no hubiera pasado nada trascendental entre nosotros.

—Sí, ya... —Sacudo la cabeza y doy media vuelta para ir junto a Penny—. Yo también me alegro de verte, Dermot —añado por encima del hombro, incapaz de mirarlo ni un segundo más.

—¿Necesitas ayuda con la potrilla?

Me detengo a mitad de camino, sorprendida por la oferta.

—¿Tienes tiempo? —pregunto, intentando actuar con indiferencia, y sigo acercándome a la preciosa potranca de color cobre.

—Voy a quedarme unas cuantas semanas, así que sí.

Me cuesta respirar. ¿Unas cuantas semanas? ¿Voy a tener que lidiar con mis hormonas descontroladas, con la vergüenza y el estómago revuelto unas cuantas semanas?

—¡Vale, genial! —digo, y no puedo reprimir una mueca incómoda por el tono excesivamente alegre de mi voz.

*Tienes veintiún años, Ada. Comportate*, murmuro para mis adentros; cojo las riendas de Penny y vuelvo junto a Dermot, que me mira con curiosidad.

—¿Mañana por la tarde? Por la mañana tengo que trabajar con los demás. — Señala a Penny—. Y así puedes hablarme de «Big Red».

Levanto el pulgar y voy hacia los establos, y siento cómo sus ojos me

recorren de arriba abajo, como un chorro de agua tibia sobre la espalda.

¿Voy a estar a solas con Dermot Harding? Dios mío, ayúdame...

—Así que tienes tu propio caballo de carreras, ¿eh? —dice Dermot, arrastrando las palabras, con el río murmurando suavemente tras él.

Le acaricio la sedosa testuz a Penny, asiento y admiro sus ojos inteligentes, quizá demasiado inteligentes para su propio bien. Estoy segura de que todo valdrá la pena cuando consiga que me dé una oportunidad.

Mi padre no ha criado a una rajada, pero caerme de lomos de la potranca día sí y día también es desalentador, por no decir doloroso.

Dermot suelta una risilla.

—No te culpo por tener claro lo que quieres. Has deseado dedicarte a las carreras de caballos desde que eras una cría, pero has elegido un desafío enorme para empezar.

—Ya, es lo que me ha dicho todo el mundo —replico, incapaz de apartar la mirada de donde él está ciñendo la cincha de la silla.

El modo en que sus antebrazos se flexionan y sus músculos se tensan mientras ata el cuero es un afrodisíaco para la parte más primitiva de mi cerebro. No puedo evitar humedecerme los labios ni que mis ojos sigan las venas del dorso de su firme mano cuando acaricia el cuello de la potranca.

*Por el amor de Dios, Ada: te estás poniendo cachonda con las venas de un hombre...*

Me había hecho la promesa de tomármelo con calma, pero está claro que no la estoy cumpliendo, porque ahora mismo estoy actuando de cualquier forma menos calmada. Como tampoco la he cumplido esta mañana, cuando me he imaginado a Harding moviéndose sobre mí, dentro de mí, con duros y febriles embates.

Sí, he fantaseado con echar un polvo salvaje con Dermot Harding, y estar a su lado me deja hecha un manojo de nervios. Me cuesta aceptar que está durmiendo al otro lado del camino de entrada, en la pequeña casa de invitados, después de tanto tiempo separados.

Entre nosotros quedó mucho por decir, y las cosas se han vuelto incómodas y tensas. Para mí, al menos; él está tan campante: el mismo Dermot tranquilo e imperturbable de siempre. Supongo que es así como reaccionan la mayoría de los adultos responsables cuando los besa una chica de dieciocho años. Para él no ha debido de ser más que una anécdota divertida con una adolescente con las hormonas alborotadas que llevaba demasiado tiempo atrapada en un

rancho.

Pero a mí ese recuerdo todavía tiene el poder de hacer que me sonroje; es la aguda punzada de decepción que aún no me deja dormir por las noches. Fue uno de mis peores errores.

Posa la mano sobre mi hombro y me sobresalto.

—¿Estás lista? Voy a montar a Solar y a llevar a Penny al río. Cuando esté metida hasta las babillas, puedes venir. En el agua no podrá comportarse como una yegua salvaje, y, con suerte, tener a un caballo más experimentado junto a ella la ayudará a mantener la calma.

El calor de la palma de su mano me quema la piel bajo el ardiente sol del verano. Le dedico un brusco asentimiento e intento armarme de valor. Llevamos a Penny y a Solar, el caballo favorito de mi padre, hasta el río, tras la pequeña casa de invitados donde vive Dermot cuando está en el rancho. La granja de su familia está en Merritt, lo bastante lejos como para que quedarse aquí sea lo más lógico.

Inspiro profundamente, llena de determinación, al acercarme a mi pura sangre. Dermot balancea una de sus fuertes piernas sobre el lomo de Solar, sujeta las riendas de Penny y la guía hasta la suave corriente. Una vez que se han adentrado lo suficiente, me meto en el río y el agua helada de la montaña me agujonea los tobillos.

—Oye, pequeña —digo, acariciándole las ancas para tranquilizarla—. ¿Qué tal si lo intentamos de nuevo, eh? Me portaré bien contigo si tú te portas bien conmigo. —Dermot deja escapar un resoplido, y lo miro con los ojos entrecerrados—. ¿He dicho algo gracioso?

—Sí. Vas a malcriar a esta yegua incluso aunque no se porte bien contigo.

No creo que se haya dado cuenta de lo que acaba de insinuar... Sacudo la cabeza y me doy media vuelta, con la indignación atenazándome el pecho.

—Ya, lo que tú digas... —refunfuño, y pongo la bota en el estribo.

—Ada... —intenta frenarme, pero lo ignoro y me apoyo en el lomo de Penny.

Se tensa bajo mi peso cuando percibe a través de su visión periférica que estoy levantando la pierna.

—Tranquila, nena —musita Dermot con voz profunda y tranquilizadora, mientras que yo le acaricio el cuello, esperando unos segundos para que, con suerte, se relaje un poco.

Cuando oigo un fuerte resoplido, decido arriesgarme y paso la pierna muy

despacio sobre la silla.

Tenso los muslos para sentarme con la mayor suavidad posible, manteniéndome en el aire sobre ella antes de descansar con delicadeza sobre su lomo. Se remueve un poco, pero enseguida se queda quieta.

Levanto la cabeza muy despacio porque no quiero romper la frágil tregua a la que hemos llegado, y miro a Dermot con una amplia y genuina sonrisa. Han pasado al menos diez segundos y todavía estoy sobre ella. Mueve las orejas de un lado a otro con incertidumbre y está tensa bajo mi cuerpo, pero ¡aún estoy aquí!

Veo el destello de los blancos dientes de Dermot cuando sonrío, sacudiendo la cabeza con un gesto cargado de orgullo.

Y luego, con un relincho, Penny se alza sobre sus patas traseras y su cuello llena mi línea de visión. Su movimiento es tan rápido que casi ni lo veo venir.

Antes de que pueda siquiera aferrarme a sus crines, me lanza sin contemplaciones al agua helada del río.

## 2

DERMOT

—¡Ada!

Al principio casi me echo a reír. Su rostro pasa de una sonrisa embobada a la pura conmoción en un segundo, pero luego se cae de espaldas al agua y el pánico me inunda las venas mientras rezo para que esté bien.

Ato las riendas de la potranca al pomo de la silla y salto de mi caballo, con su grito todavía resonándome en los oídos. Camino con dificultad, con pasos torpes y lentos, hacia donde ha caído.

—¡Joder!

Da una fuerte palmada al agua y los caballos se sobresaltan.

Ada está de rodillas, hundida en el agua hasta el pecho, y empapada de pies a cabeza; tiene el pelo dorado oscurecido por la humedad y pegado a la elegante curva de su cuello.

—¿Estás bien?

Avanzo hacia ella: tengo que asegurarme de que no se ha hecho daño. Aunque debería alejarme, soy incapaz de hacerlo, igual que ayer. No puedo parar de escudriñar su cara de muñeca, de compararla con la que veía todas las noches cuando me acostaba en mi catre y cuya apariencia intentaba recordar. Imaginar el rostro de Ada, cada curva, cada peca, era como una terapia: una distracción de las imágenes violentas que me asaltaban en la oscuridad.

Reproducir en mi mente el rostro joven de Ada y su beso se convirtió en mi único salvavidas durante la época en la que estuve sumergido en sangre, violencia y depresión.

—Creo que nunca te había oído soltar un taco —digo; me arrodillo frente a ella y apoyo las manos en sus hombros.

Se pasa las manos por la cara y se las lleva a la cabeza.

—Eso es porque no nos hemos visto desde que tenía dieciocho años. ¡Y estoy harta de caerme!

Bueno, vale, así que está cabreada. Incluso alguien tan insensible como yo podría darse cuenta.

—¿Te has hecho daño?

La miro de arriba abajo buscando signos de alguna lesión, y le recorro sus torneados brazos con las manos tratando de ver si tiene algún hueso roto. El señor Wilson va a matarme si se ha hecho daño.

—Estoy bien —suspira—. Aunque me duele todo el cuerpo. Eso es lo que pasa cuando te caes todos los putos días.

La agarro por las costillas y puedo notar la gruesa tira del sujetador bajo la fina camisa mojada; la acerco a mí y la levanto. Se pone de pie sin problemas: todo parece en orden. Recorro sus curvas con la mirada, listo para hacer un comentario gracioso acerca de que, si no quiere que le duela, debería dejar de caerse, pero me detengo cuando llego a su camisa empapada.

Esa que está pegada a su cuerpo y no deja nada a la imaginación. Puedo ver la curva de su cintura, la forma de sus pechos, los duros brotes de sus pezones a través de la tela mojada.

Se me seca la garganta y deajo escapar un gemido; cierro los ojos con fuerza y aparto la vista. Nada bueno puede salir de admirarla así. Ese beso de hace tres años despertó a un gigante dormido en mi mente y me abrió los ojos a posibilidades que, de otro modo, jamás habría considerado. Ada siempre había sido para mí una chica más del rancho... hasta que dejó de serlo.

Tengo que recordarme a mí mismo una y otra vez que es la joven hija de un hombre al que conozco y respeto desde hace años, de un hombre que se ha convertido en mi amigo, casi en parte de mi familia. Ada es la chica a la que todo Ruby Creek conoce y quiere, sobre la que no tardarían en aparecer los rumores si tuviera algo que ver con el encargado del rancho que ha estado ahí desde que era una niña. No hay manera de que no les parezca inapropiado, y me niego a destrozar su reputación de esa manera. He tenido tres años para reflexionar sobre mis opciones, y la única factible es mantenerme alejado de ella.

Además, una mujer como Ada merece algo mejor que yo, así que aparto la vista de su cuerpo y me centro en la igualmente tentadora forma de corazón de sus labios entreabiertos, en las pequeñas pecas que salpican sus mejillas bronceadas y en esos enormes ojos verde esmeralda.

Esos ojos verdes en los que vi cómo se le rompía el corazón hace tres años; esos ojos verdes que me han perseguido en sueños todas las noches desde entonces; esos ojos verdes que me miraban como si pudiera bajarle la luna.

Y que ahora me muestran una mirada llena de anhelo y promesas a las que

un hombre como yo no debería acostumbrarse.

*Ada Wilson está fuera de mis límites.*

Paso las manos por sus caderas, disfrutando de la sensación de estrechar su cuerpo. Quiero acercarla más a mí, pero me conformo con ladear la cabeza hacia ella buscando ese aroma característico que me he pasado tres años intentando recordar. Mis dedos tiemblan al ceñirle la cintura.

—¿Estás segura de que estás bien? —digo con voz ronca.

—Sí —jadea con suavidad: un susurro ronco que percibo como una caricia sobre mi piel.

Me mira con un fuego que antes no estaba ahí, como si no fuera capaz de decidirse entre mutilarme o ahogarme. Sus ojos brillan mientras se embebe de mí, y se lo permito porque, joder, ¿cómo no vas a sentirte bien cuando una mujer como Ada te mira de ese modo? Levanta la mano y pasa sus delicados dedos por mi pómulo con suavidad, como si temiera hacerme daño o asustarme. *Como la última vez.*

—Dermot, yo... —Se le quiebra la voz y, maldita sea, siento una punzada de culpabilidad en el pecho ante esa muestra de debilidad.

Debería ponerle fin a esto. De verdad que debería.

—Ada, no me mires así.

Pone un dedo sobre mis labios para silenciarme y enarca una de sus bien dibujadas cejas a modo de desafío.

—¿Qué más te da cómo te miro? —espetea. Las yemas de sus dedos me rozan el puente de la nariz y el arco de la ceja, como si me leyera en braille, como si mis rasgos pudieran desvelarle mi historia u ofrecerle respuestas. Pasa las uñas por mi cuero cabelludo y se me pone la piel de gallina en los brazos—. Has dejado muy claro lo que sientes por mí. —Baja las manos y me mira a los ojos antes de dar el golpe mortal—: De todos modos, lo he superado.

Entonces se aleja, esquivando mi cuerpo inmóvil. El corazón me late con fuerza contra el esternón. ¿He dejado claro lo que siento? Por supuesto que piensa eso. Nunca le he dicho lo contrario. Ni lo haré.

Los meses que han transcurrido desde que llegué a casa los he pasado preparándome para volver a ver a Ada. Me he esforzado en convencerme de que la química que recordaba de esa noche había estado solo en mi cabeza, que solo fue un asombroso recuerdo alentado por mi intenso anhelo de regresar a un lugar seguro, lejos del silbido de las balas y de los gritos de dolor. Tenía planeado mantenerme tranquilo, relajado y un poco distante, pero

entonces la he visto tirada sobre la hierba como una flor bajo el sol que me habría encantado arrancar, y adiós a mis buenos propósitos.

Ahora no dejo de recordarme que es la hija del dueño del rancho y que yo solo soy el peón que va cada verano a domar a sus caballos más jóvenes.

*Y eso es todo.*

—Vamos —ordeno con más dureza de la que pretendía.

A largo plazo, ese tono seco va a hacerle menos daño que pensar que un hombre como yo puede darle lo que necesita; lo que se merece.

Desata las riendas de su potra y va hacia la orilla del río con paso firme y la cabeza alta.

—No puedes hacerlo, Dermot —murmuro; agarro las riendas de Solar y sigo sus pasos, perdido en mis pensamientos. Supongo que está demasiado lejos para oírme; al menos no ha mirado hacia atrás. Lo que es bueno, porque estoy convencido de que podría leer el deseo en mi rostro.

Sacudo la cabeza, doy una patada a una piedra y sigo adelante. Soy demasiado mayor y estoy demasiado aferrado a mis costumbres, y, después de las cosas que vi durante mi servicio, me he encerrado demasiado en mí mismo como para poder compartir mi vida con alguien, sobre todo, con alguien tan vivaz como Ada. Ella merece verlo todo, hacerlo todo, y que no la frene alguien que se echa al suelo cuando escucha un ruido fuerte.

Debo mantenerme fuera de su camino. Por ella y por mí. Estoy acostumbrado a alejar a la gente. Mis padres apenas esperaron a que cumpliera dieciocho años para hacer las maletas y mudarse a un lugar cálido; jamás me visitan y apenas llaman. Las novias nunca me duran demasiado, e incluso los amigos que hice en el ejército o he perdido el contacto con ellos o no regresaron. Todos se van, y Ada no va a ser la excepción.

El Gold Rush Ranch es un paraíso. La vasta franja de tierra de los Wilson se sitúa en un pequeño y pintoresco valle que visitan los turistas en busca de la mítica criatura peluda de la Montaña del bigfoot. Aquí siempre luce el sol y todo es tan radiante como Ada.

Mi granja en Merritt es fría y austera, y las cimas de las montañas son tan altas que a veces me provocan claustrofobia, sobre todo cuando el lugar se cubre de nieve. Mis padres me la dejaron después de jubilarse y mudarse al sur, porque ninguno de mis hermanos la quería. Al parecer, soy un sentimental: aunque en realidad no hago nada con ese terreno, no puedo soportar la idea de cedérselo a otro.

Y está clarísimo que no es lugar adecuado para Ada.

Lo que está bien, porque también está clarísimo que yo no soy el hombre adecuado para ella. No importa cómo me mire o cómo mi polla se tense bajo mis vaqueros cuando me toca.

Entramos en el establo y nos encargamos de los caballos uno junto a otro sin decir palabra. Miro furtivamente a Ada mientras rodea a la potranca, cepillándola con más vigor del necesario. Me resulta casi gracioso que Ada quiera entrenarla como caballo de carreras cuando su padre ya tiene un montón de equinos de primera categoría en sus campos. Siempre ha sido de las que desean lo que menos les conviene.

—Mañana a la misma hora y en el mismo sitio. Aunque seré yo quien se ocupe de ella —me las apaño para soltar mientras le quito la silla a Solar.

Ella se tensa y echa los hombros hacia atrás.

—Vete a paseo, Dermot. Es mi yegua y yo soy quien va a entrenarla. Ayuda o no ayudes, me da igual, pero que te quede claro que no vas a hacerte cargo de ella. —Eleva la mano por encima de la cabeza—. Estoy harta de que todo el mundo me diga lo que puedo o no puedo hacer.

Da media vuelta y se marcha, furiosa, con la pequeña potranca cabrioleando a su lado.

Mientras veo cómo se aleja, me doy cuenta de que Ada Wilson no es la misma chica que dejé en el porche hace tres años.

—Vale, ayúdame a montar —dice Ada, volviendo el trasero en mi dirección.

Trago saliva y mi nuez sube y baja por mi garganta. Ayudar a alguien a montar un caballo no es nada del otro mundo, pero tampoco es que encaje en mi plan de no tocar a Ada Wilson.

Me pongo detrás de ella e inhalo el aroma de su crema de mandarina. Le sienta bien: es embriagador, alegre y cítrico. Levanta la pierna y espera a que la ayude.

Me agacho y le rodeo la delgada pantorrilla con la mano, obligándome a no ir más arriba.

Ella me mira por encima del hombro, probablemente preguntándose por qué tardo tanto, y por un momento se cruzan nuestras miradas y me ahogo en las profundidades esmeralda de sus iris, enormes y expresivos, que por primera vez desde que regresé no muestran enfado. Le sostengo la mirada porque, sin más, disfruto contemplándola.

*Mala idea.*

Sacudo la cabeza y me aclaro la garganta.

—Uno, dos, tres. —Al llegar a tres la impulso hacia arriba, pero tardo un poco en soltarle la pierna.

Soy incapaz de apartar la vista de cómo se ve mi mano sobre ella, de cómo contrasta con su piel, cómo la complementa: suavidad y dureza; luz y oscuridad; joven y viejo. No, mayor. Me niego a considerarme viejo a los treinta y un años.

El caso es que no coincidimos en nada. Ada y yo somos una dicotomía, como dos polos opuestos de un imán que no pueden separarse uno del otro por muy jodidas que estén las cosas.

—¿Dermot? —pregunta con expresión burlona—. ¿Estás bien?

Aparto la mano de su pierna y doy un brusco paso atrás.

—Todo bien —digo por encima del hombro; salgo del corral y me vuelvo para apoyarme sobre la valla con toda la indiferencia de la que soy capaz.

Ada deja pasar el momento incómodo y se pone en marcha. Se muestra muy satisfecha consigo misma mientras trotta sobre la potranca de patas largas, y el orgullo me inunda el pecho.

Esta chica es dura como una roca, y es cualquier cosa menos una rajada.

Pasamos el resto de la semana trabajando con Penny, una yegua castaña de arriba abajo. Se encabrita un montón, pero Ada siempre se mantiene firme y, al cabo de una semana, ya puede caminar y trotar alrededor del corral sin ayuda.

Aunque la potranca ha mejorado, las interacciones entre Ada y yo son tensas. Ella apenas me mira desde ese día en el río, y yo estoy demasiado ocupado intentando no fijarme en su cuerpo o en el modo en que sus caderas se balancean sobre la silla; pero me temo que al mirarla solo a la cara lo único que consigo es que todo se vuelva todavía más incómodo, porque todos sus gestos me distraen: el modo en que se humedece el labio inferior, cómo frunce el ceño cuando se concentra, las sonrisitas que le dedica a Penny y que llenan de arruguitas las comisuras de sus ojos...

Quizá sería mejor si solo mirara su coleta... Contemplo cómo se balancea. Podría envolverla alrededor de mi mano, darle un buen tirón y...

Dejo caer la frente sobre el listón superior de la valla, derrotado. *Estoy jodido.*

Conozco a Ada desde que tenía diez años, los dientes torcidos y las rodillas nudosas. Solía recorrer el rancho con su bicicleta, ensuciándose y metiéndose

en líos: era una auténtica criatura del rancho en el más amplio sentido de la expresión, hija única de una de las parejas más trabajadoras, cariñosas y respetables que he conocido. No me sorprendía lo más mínimo ver, verano tras verano, cómo se convertía en una joven extraordinaria.

No habría esperado menos, pero todavía la veía como la pequeña Ricitos de Oro, con su cabello enredado y las mejillas manchadas de púrpura porque había comido moras silvestres.

Por supuesto, su amor platónico hacia mí era una broma habitual en el rancho cuando era pequeña y me seguía a todas partes, poniendo cualquier excusa para estar conmigo. Charlaba sin parar sobre caballos y hacía miles de preguntas, y yo era un joven de veinte años que se sentía incómodo cuando todo el personal e incluso el propio señor Wilson se burlaban de mí por eso, aunque la verdad es que era entrañable. Hasta que, al final, todo el mundo dejó de hablar de ello, y supuse que Ada había superado su enamoramiento infantil, que este se había convertido en algo que recordar con cariño.

Hasta que me besó.

Me dejó en *shock* cuando me agarró de la mandíbula y posó sus suaves labios en forma de corazón sobre los míos. Al parecer, con la edad se había convertido en toda una experta a la hora de ocultar sus sentimientos.

«*Cuídate, Dermot. Te amo*», dijo, y yo la aparté como si lo que había dicho fuera una tontería y le pedí que se fuera. Pero la mirada en sus ojos aquella noche, el modo en que se habían anegado en lágrimas cuando se pasó los dedos por el arco de su labio superior... *Joder*. Esa mirada me ha perseguido hasta hoy. Es como una espina clavada en mi corazón.

No quise hacerle daño. De hecho, estaba convencido de que habría podido matar a cualquiera que se lo hubiera hecho. Pero esa noche ella plantó una semilla en mi mente repleta de posibilidades, y sus ramas crecieron, rápidas e imprudentes, alterando mi percepción de lo que estaba bien y lo que estaba mal, deformando mis recuerdos y cambiando todo lo que se suponía que debía sentir por Ada Wilson.

Esa semilla me ha dejado sumergido en una profunda lucha interior durante los tres últimos años, en los que he combatido el deseo de apartarle el pelo y devolverle el beso con rudeza; el deseo de demostrarle lo que un hombre como yo es capaz de hacer; lo que un hombre como yo puede hacer que sienta.

Pero no puedo. Ada está en la columna «La hija de mi amigo» y también en

la de «Es demasiado joven para ti, joder».

Por eso, cuando terminamos la jornada el viernes por la tarde, intento entablar una conversación informal después de una semana tensa para los dos.

—Parece que funciona, Ada. Deberías sentirte orgullosa de ti misma; Penny no es una yegua fácil.

Ella sonrío y acaricia dulcemente las crines de la potranca.

—Cuando las cosas son fáciles no sientan tan bien —reflexiona—. Me gustan los retos.

Me aclaro la garganta. Debo de estar obsesionado, porque todo lo que dice esta mujer me parece una metáfora.

—¿Intentamos ponerla al galope la semana que viene? —pregunto.

Ella se da la vuelta y me sonrío.

—La semana que viene galopamos.

Y un instante después estoy en el suelo. Ha sonado un fuerte estallido y he reaccionado al momento; me he tirado al suelo tan rápido que ni siquiera recuerdo cómo lo he hecho. Me pongo las manos sobre la cabeza, esperando otro estallido, otra explosión; esperando los gritos y el silbido de las balas volando por todas partes. Tengo que ponerme a cubierto para llegar sano y salvo a casa. No puedo pensar en nada más.

Una mano suave me acaricia los hombros con dulzura y oigo el murmullo de la dulce voz de Ada.

—Estoy aquí. Solo ha sido el tubo de escape de una camioneta. Todo va bien.

Solo entonces soy consciente de dónde estoy y de lo que he hecho. Estos *flashes* aparecen de pronto, impredecibles e inevitables, con una fuerza arrolladora.

—¿Dermot? —Alza la mano para masajearme la nuca, mientras que yo sigo ahí tirado sobre el suelo polvoriento, intentando serenar los latidos erráticos de mi corazón—. ¿Qué puedo hacer?

—Nada —digo con un susurro entrecortado, aún incapaz de moverme—. Dame un par de minutos.

Espero que se vaya, pero, en lugar de eso, ata a la yegua, se tiende en el suelo junto a mí y me acaricia la espalda en silencio. No pregunta, no me apresura, solo se queda a mi lado.

Al cabo de unos minutos repletos de ansiedad, todo pasa y mi respiración se normaliza. Ada está ahí, tumbada, con la cabeza apoyada en la mano y sus

grandes ojos escudriñándome. Quizá esté actuando con calma, pero parece asustada.

*Y por eso no eres bueno para ella.*

—Estoy bien.

—¿Estás seguro? —Frunce el ceño, preocupada.

—Sí. —Me tumbo boca arriba para mirar el cielo y recordarme dónde estoy.

Ada me imita y agarra con su pequeña mano la mía, apretándomela con fuerza: una vez, dos, tres... Es un gesto sencillo, pero una corriente eléctrica me recorre el antebrazo hasta el codo; una punzada, algo peligroso que fluye entre nosotros.

Aparto la mano, la apoyo sobre mi estómago e intento aligerar el ambiente.

—Tenemos que dejar de vernos así. —Ella se ríe, pero suena un poco forzada, así que la miro y lo intento de nuevo porque no deseo hablar sobre lo que acaba de pasar—. Es viernes por la noche. ¿Tienes planes, Ricitos de Oro?

Frunce los labios.

—La verdad es que sí. He quedado en el Neighbor's Pub.

—¿Has quedado con alguien? —bromeo, moviendo las cejas—. ¿Tienes una cita?

Ella gira la cabeza y sus ojos se clavan en los míos; una nota de tristeza reluce en los reflejos de color salvia de sus iris.

—Sí, Dermot, tengo una cita.

Y entonces se levanta y se va, y me deja solo con otra clase de monstruo de ojos verdes completamente distinta y desconocida.

A lo mejor ha llegado la hora de tener una pequeña charla con Ada sobre la tortura a la que me he visto sometido los tres últimos años.

# 3

ADA

La cita ha sido una mierda.

Me abrocho el cinturón de seguridad y giro la llave de contacto, sacudiendo la cabeza mientras salgo a la carretera que conduce a casa, dispuesta a echarme la bronca a mí misma durante todo el camino.

Me he pasado todo el tiempo pensando en Dermot, deseando que fuera él con quien había salido, pero también queriendo darle una patada en las pelotas por abandonarme y luego regresar como si tal cosa. Y después he anhelado abrazarlo y protegerlo de todos los demonios que lo acosan.

Mis ojos se anegan en lágrimas y me duele el pecho al pensar en Dermot, tan fuerte y orgulloso, hecho un ovillo en el suelo.

Todavía lo quiero, con sus demonios y todo, y aborrezco que sea así.

Lo peor es que ese día en el río ni siquiera negó haber dejado claro lo que siente por mí, que se supone que solo es un amor fraternal, pero yo ya no soy una adolescente virginal, y no se me escapó cómo su mirada ardiente me recorría la piel o cómo sus manos firmes me estrechaban la cintura mientras me contemplaba. Una parte pequeña y desesperada de mí pensó que quizá había cambiado de opinión y que iba a decirme cuánto me deseaba, como en uno de esos libros que mi madre esconde bajo el colchón.

*Mira que eres dramática...*

Me he convencido de que lo he superado, de que he seguido mi camino, pero al parecer mi corazón no se ha dado por enterado. He tenido algún novio en la universidad, pero ninguno me ha durado demasiado; ninguno ha conseguido hacer que el corazón se me desboque en el pecho ni me ha mantenido en vela toda la noche pensando en cómo sería sentir sus manos sobre mi piel enfebrecida. Incluso cuando he llegado a ese punto, ha sido divertido, pero... insatisfactorio. No había fuego ni pasión, no hacíamos temblar las paredes. Y yo deseo esa clase de sexo enloquecido y desenfrenado que te deja sin aliento.

Travis, mi cita de esta noche, es un tipo agradable, pero llevamos siendo amigos desde antes de que supiéramos hablar, y no puedo verlo de otro modo.

Hemos salido unas cuantas veces, pero soy consciente de que esto no va a ninguna parte. Las oportunidades son escasas en un pueblo tan pequeño como Ruby Creek, y, mientras conduzco de regreso al rancho, me descubro deseando conformarme con alguien como Travis Bennet, deseando sentir interés por la ganadería que, después de todo, es el negocio familiar; pero, en cambio, me paso el día soñando con Dermot Harding y con las carreras de purasangres.

Todos los años voy a Vancouver con mis padres a ver el Denman Derby: un día entero en las carreras, que siempre espero con ansias; la emoción que siento cuando suena la campana y se abren las puertas, el ruido de los cascos de los caballos contra el suelo cuando salen como rayos... Ese deporte tiene algo, y yo quiero formar parte de él.

Y quiero a Dermot Harding, estúpida, obsesiva y patéticamente. Los sentimientos no dejan de escaparse de la caja en la que los encerré, a pesar de que los tres últimos años se han mantenido a buen recaudo en la sección de mi mente rotulada con la leyenda «NO VA A PASAR».

Pero eso fue antes de que me tocara, de que supiera cómo me sentía con las callosas palmas de sus manos deslizándose por mis brazos y estrechándome la cintura.

Antes de que me dedicara esa mirada torturada y anhelante que me dejó sin aliento y me hizo salir corriendo. Una mirada que he estado recreando en mi mente durante una semana, que ha estado rebotando contra las paredes de mi cráneo como una bola de *pinball*, hasta dejarme un precioso dolor de cabeza.

Y entonces se me ocurrió lo de la estúpida cita porque pensé que me ayudaría a aclararme las ideas, pero no podía haberme equivocado más: lo único que he conseguido es cabrearme por perder el tiempo y sentirme culpable por haberle dado falsas esperanzas a un amigo.

—Bien hecho, Ada —murmuro.

Entro en el rancho y aparco frente a la casa principal. Cierro la puerta más fuerte de lo que debería y rodeo la parte trasera del coche para dirigirme al camino que conduce a la entrada.

Y, por supuesto, mis pensamientos me llevan hasta el porche de la pequeña casa de invitados que construyeron mis padres, en la que se queda Dermot cuando está aquí.

—¿Estás intentando cargarte el coche, Ricitos de Oro?

Está sentado en el viejo columpio, mirando hacia las montañas y con un vaso de líquido ámbar en las manos. El suave resplandor de las luces exteriores

resalta los fuertes rasgos de su masculino rostro, su oscuro cabello y la radiante blancura de su camiseta. Y mi memoria me lleva hasta la camiseta mojada cuando salimos del río a principios de esta semana, al modo en que se ceñía a las líneas bien definidas de su pecho y cómo colgaba de forma sugerente sobre la profunda uve que desaparecía bajo la cintura de los pantalones.

Se me seca la boca al momento con solo recordarlo.

Me paro y me enfrento a él, harta de morderme la lengua, harta de este estúpido enamoramiento.

—Es mejor que tomarla contigo, ¿no?

—Ada...

—No. Nada de «Ada». No estoy de humor.

Echo a andar para poner distancia entre nosotros antes de decir algo de lo que pueda arrepentirme, pero me freno en seco cuando oigo su voz.

—Vale. Entonces, dime, ¿qué tal tu cita? —Su tono no me gusta nada, y menos teniendo en cuenta que ha estado desaparecido los tres últimos años.

¿Qué pretende? ¿Volver sin más y actuar como si le debiera explicaciones? De ninguna manera. No tiene ningún derecho a hablarme así.

Subo los dos escalones que nos separan, agarrando la barandilla con tanta fuerza que las astillas de la madera me hacen daño en los dedos.

—Ha sido genial —miento entre dientes, con una confianza que no encaja en absoluto con la confusión que siento en mi interior—. Travis es maravilloso.

Dermot se levanta, pavoneándose, maduro y seguro de sí mismo, mientras que a mí me tiemblan las piernas, y tengo que usar la barandilla como muleta. Pero doy un paso, negándome a retroceder y concederle esa victoria; me apoyo contra la columna de madera y me agarro a la barandilla que rodea el porche.

Preparada para la batalla.

Se acerca demasiado, invade mi espacio personal y me roba todo el aire, como si fuera capaz de absorberlo con su mera presencia.

—Travis... —dice, paladeando el nombre como si quisiera saber qué se siente al pronunciarlo.

Está lo bastante cerca como para que perciba la caricia de su aliento en mis clavículas, aliviando el bochorno de las horas nocturnas.

Mueve el vaso, distraído, y el hielo tintinea contra el cristal.

—¿Y ese Travis te pone la carne de gallina con solo acercarse a ti?

Miro hacia abajo y veo que tiene razón. *Capullo*. Levanto la barbilla,

desafiante.

—Travis es bueno para mí.

—Cualquiera sería mejor para ti que yo.

Se me escapa un resoplido muy poco femenino.

—No jodas...

Él se ríe y da otro paso adelante, escudriñándome el rostro; yo me clavo el poste de madera en la espalda.

—No tenías esa boquita cuando nos vimos por última vez.

Está tan cerca que no puedo ni pensar racionalmente.

—Las cosas cambian —digo con voz suave y ronca mientras me empapo de él: su imponente figura, el modo en que la nuez sube y baja en su garganta cuando traga...

De pronto, me siento muy joven, muy fuera de mi zona de confort. Aprieto los muslos y siento esa chispa reveladora en los riñones, ese calambre en la pelvis.

—Sí, cambian. —Dermot me agarra la barbilla con firmeza, y dejo escapar el aliento en un veloz suspiro.

Me quedo inmóvil, con el pecho ascendiendo y descendiendo al mismo ritmo que el suyo, temiendo romper la frágil conexión que tenemos en este momento. Deja el vaso sobre la barandilla del porche, detrás de mí, y me pasa el dedo índice por los labios con aire posesivo: primero por el de arriba y luego por el de abajo.

—Eres demasiado joven para mí —reflexiona.

Trago audiblemente y sonrío con una confianza que estoy muy lejos de sentir.

—Supongo que eso te hace demasiado mayor para mí. Ya lo has dejado claro.

Me recorre el rostro con esos ojos inteligentes, analizándome, como si estuviera calculando su estrategia.

—En realidad, no estoy tan seguro de haberlo dejado claro. —Se agacha hacia mi oído—. No está nada claro, joder.

Mis pezones endurecidos rozan contra el sujetador. Su cuerpo tonificado se mueve e invade mi espacio; su pecho toca el mío y quedamos cara a cara. Quiero ganar a toda costa; me siento acorralada; quiero arremeter contra él.

—¿Y qué demonios se supone que significa eso?

—Significa que nunca debería pasar nada entre nosotros. Que sería un error.

Dios santo, no hay quien entienda a este hombre.

—Gracias por aclarármelo —espeto—. Ahora quítame las manos de enc...

—Pero ¿sabes? —me interrumpe de forma abrupta, y me aprieta con más fuerza la barbilla—. Que le den a todo.

Sus labios se estampan sobre los míos y se mueve contra mí, frenético, ávido. Gimo en su boca e intento devolverle el beso, pero me ha inmovilizado la cabeza para tomar lo que quiere, lo que necesita. El beso es brutal, primitivo, más un castigo que una recompensa. Es como un volcán que ha entrado en erupción, y su lava va a abrasarnos a ambos.

Y yo debo de tener ganas de morir, porque arqueo la espalda hacia él, contra su duro pecho, y tiro de su camisa para acercarlo aún más a mí, para refugiarme en su abrazo y no marcharme nunca. Lo único que quiero es memorizar la sensación de sus brazos a mi alrededor y el olor limpio a jabón en su piel; el sabor del whisky en su lengua y el roce de su barba contra mi piel es una combinación que nunca podré olvidar.

Sus besos se vuelven lánguidos, casi reverentes. Me agarra la cabeza y pasea sus pulgares por mis mejillas; desliza la boca hacia abajo y salpica de besos el lóbulo de mi oreja y la curva de mi cuello hasta las clavículas. Un calambre de excitación nace entre mis piernas, y me convierto en arcilla entre sus dedos.

Esto. Esto es lo que llevo años soñando.

Pero ese sueño no le hace justicia a la realidad: Dermot Harding es poderoso, exigente al tocarme, experimentado de un modo que no había previsto, de un modo que hace que me inunden los celos mientras sus manos recorren mi cuerpo y su boca reclama la mía. No se aprende a poseer así a una mujer sin una larga práctica. Lo único que ha pasado es que no ha querido practicar conmigo.

Darme cuenta de eso cae sobre mí como un jarro de agua fría. Todo lo que era cálido, todo lo que se había derretido se convierte al instante en pura roca quebradiza.

Me congelo en sus brazos y me invaden el pánico y los recuerdos de él rechazándome en este preciso lugar, y me niego a volver a sentirme así. Intenta atraerme hacia él y apoya la frente en la mía.

—Ada... —Cierra los ojos y sacude la cabeza—. ¿Qué voy a hacer contigo?

Me atrapa en el fuego ávido de su mirada, y se mece contra mí. Puedo sentir su dura longitud a través de los vaqueros, contra mi pelvis, como una tortura que me muestra lo que podría haber tenido. Lo que deseo.

—Nada —respondo, y apenas reconozco mi propia voz, fría como el Ártico. Pero sí reconozco el instinto de supervivencia que me posee. Hacer esto con Dermot es malo para mi corazón.

Para él quizá sea muy fácil alejarse y volver a entrar en casa, pero ¿para mí? Esto es una tortura demasiado cruel.

Suspira y se aleja de mí, temblando por el modo en que intenta controlarse.

—Lo siento, Ada. —Su mirada es seria y amable cuando el calor de su cuerpo me abandona—. Yo solo... —Apoya las manos en las caderas y mira hacia el cielo, como si ahí estuviera escrita la respuesta a sus dudas—. No sé cómo explicar lo que siento. Ni siquiera sé si debería aunque pudiera. —Deja escapar una risa cargada de tristeza—. Han pasado tres años y todavía no soy capaz de entenderlo.

Su voz es amable, pero sus palabras me sientan como una puñalada. No puedo creer que esto esté pasando otra vez, aunque ahora es peor porque me ha devuelto el beso y casi me he derrumbado bajo el peso de su deseo. Ahora sé que me corresponde. ¿Y me aleja porque tiene demasiado miedo como para hablar conmigo? Eso me enseña algo que no sabía de Dermot Harding.

Pero ya no soy la adolescente tímida de la última vez, y la ira me posee.

—Nunca te he tenido por un cobarde, Dermot.

Sé que mi ataque da en el blanco porque puedo ver el dolor en las profundidades de sus ojos oscuros. Me siento mal por un instante, hasta que llega la humillación. Me doy media vuelta: tengo que alejarme de él y de lo que quiera que haya sido esto.

Tengo que alejarme de este maldito porche.

Evito a Dermot al día siguiente y opto por no trabajar con Penny. Me quedo en casa, de mal humor, y me ofrezco a ayudar a mi madre a preparar la cena. Me parece una idea estupenda para aclararme las ideas hasta que ella me cuenta los planes.

—¡Ay, genial! Me vendrían bien un par de manos. Tu padre ha invitado a Dermot a cenar esta noche para que nos pongamos al día. —Genial, justo lo que me hacía falta. Ni siquiera me atrevo a responder—. Es estupendo tener a Dermot de regreso, ¿no? He oído que ha sido de gran ayuda con Penny —dice alegremente, intentando que le responda, pero me limito a soltar un gruñido—. Cuando eras niña estabas coladita por él. Era tan dulce... Eras como su sombra. —Se ríe afablemente—. Creo que lo habrías seguido hasta el fin del

mundo.

—Suenan espeluznante —murmuro, sin levantar la vista del tomate que estoy cortando en daditos.

—No, cariño. —Su rostro redondeado dibuja una sonrisa y sus ojos se empañan cuando se pierde en los recuerdos—. Por aquel entonces Dermot era un buen chico, y ahora es un buen hombre. Uno de los mejores que he conocido. Es lógico que sintieras algo por él incluso cuando eras tan pequeña.

Una punzada de dolor me atraviesa el pecho porque, por mucho que me apetezca tirarle el tomate a su preciosa cara embobada, sé que tiene razón. Suspiro y relajo los hombros.

—Lo sé, mamá. Ha sido de gran ayuda con Penny. La semana que viene saldremos a campo abierto para galopar. A ver si va bien.

Le guiño un ojo para demostrar que no estoy de tan mal humor como parece. Está claro que a todos les hace muchísima gracia que Penny me tire al suelo tan a menudo.

Ella aplaude con auténtico entusiasmo.

—Estoy convencida de que vas a lograr grandes cosas con esa potrilla. Esto solo es el principio de algo nuevo y emocionante. Me lo dice el corazón.

Esa noche nos sentamos alrededor de la mesa para cenar y charlar un rato. A mis padres les encanta tener aquí a Dermot; siempre han sentido debilidad por él. Sé que lo acogieron bajo su ala cuando no tenía a nadie más, y también soy consciente de que habrían tenido más hijos: habrían llenado todo el lugar con una manada de pequeños Wilson para que algún día se hicieran cargo del rancho.

Pero solo pudieron tenerme a mí. Una chica que no demuestra el más mínimo interés en la ganadería. Aunque a ellos no les importa, porque solo quieren que sea feliz. Dibujo una pequeña sonrisa, divertida: mi padre bromea constantemente diciendo que quiere que me case con un rancharo para mantener viva la tradición, y siempre que lo comenta me guiña un ojo. Thomas Wilson sabe que conmigo se rompió el molde, y me quiere por eso.

—Dermot —pregunta mi padre—, ¿qué planes tienes para tus tierras? ¿Vas a hacer algo con ellas?

—No lo tengo claro, señor. Se ha puesto en contacto conmigo una empresa que quiere comprarlas. Al parecer, creen que la zona es rica en recursos mineros, pero yo no estoy seguro de querer vender la granja familiar, haya lo

que haya ahí.

Mi padre mira el plato, se lleva a la boca un trozo de pollo y mastica de forma exagerada, como si estuviera reflexionando a conciencia.

—No vendas, hijo. —Se incorpora un poco y mira a Dermot, que está sentado frente a él, junto a mi madre—. Esa tierra es valiosa, y si te presionan para vender es porque algo bueno hay en ella. Podría ser la oportunidad perfecta para empezar algo por tu cuenta.

Dermot parece muy sorprendido, como si jamás se le hubiera ocurrido tener su propio negocio. Sus pestañas espesas y oscuras ensombrecen sus pómulos mientras le da vueltas a lo que acaba de decir mi padre.

—Yo...

Tom alza una mano para detenerlo.

—Solo te pido que lo pienses. Sabes que Lynette y yo queremos que triunfes. Por mucho que me guste tenerte aquí todos los veranos para entrenar a los potros, sé que estás destinado a algo mejor. Has pasado por muchas cosas, así que, si podemos ayudarte de algún modo, ya sea con conexiones, con financiación o lo que sea, solo tienes que decirlo. Estaremos encantados de ayudarte.

Mira a mi madre, que asiente, con los ojos brillantes por la emoción, en un acuerdo tácito. Se conocen tan bien que no necesitan ni hablar. Que se miren así después de treinta años nunca dejará de sorprenderme. Solía repugnarme, pero me he dado cuenta de que su relación es hermosa y especial.

Y yo también quiero algo así.

Miro a Dermot, que aprieta los labios, evaluando a mi padre.

—Lo estudiaré —dice, con la voz enronquecida por la emoción, y baja la mirada—. Gracias, Tom. Pero antes tengo que ayudar a Ada a llevar a esa potranca a las carreras.

—¿De verdad? —digo, emocionada por la perspectiva de que vaya a ayudarme, porque, dejando a un lado todos los dramas del pasado, Dermot es uno de los mejores jinetes que conozco, y su ayuda no tiene precio—. ¿Me lo prometes?

Me mira fijamente, con sinceridad, y la sala queda en silencio por la intensidad de esa mirada. Asiente una vez, decidido.

—Lo prometo.

—¡Bien! —exclama mi padre, rompiendo el hechizo. Tira la servilleta sobre el plato, se recuesta en la silla y se vuelve hacia mí, que estoy sentada a su lado,

como si fuera totalmente ajeno a la tensión entre Dermot y yo—. Ada, ¿qué planes tienes para este sábado noche en Ruby Creek? ¿Vas a quemar la ciudad? —Me guiña un ojo.

Creo que contestar que voy a deprimirme y a dibujar corazones con mis iniciales y las de Dermot no es la respuesta más oportuna, pero es que, en realidad, no tengo ningún plan, y no me hace ninguna gracia reconocerlo delante de todos. ¿No podía dejar que subiera las escaleras después de cenar sin llamar la atención? Como si no hubiera sido ya bastante tortura estar sentada frente a Dermot, contemplando sus sonrisas espontáneas, el modo en que sus manos se mueven mientras parte el pollo, la forma en que su cabello despeinado cae sobre su frente...

Supongo que eso es lo que me lleva a hablar sin pensar.

—Creo que voy a ir a la ciudad a tomar una copa o algo así.

—¿Con quién?

*¿Por qué me hace esto?*

—No lo sé, papá —digo, con los ojos abiertos de par en par por el nerviosismo—. No me preocupa demasiado: este es un pueblo pequeño y siempre hay alguien conocido por ahí.

Deja escapar un gruñido a modo de respuesta, y yo miro hacia abajo, jugueteando con el borde del mantel que descansa sobre mi regazo: está claro que a mi padre no le entusiasma la idea de que su pequeña vaya sola a un bar. Ojalá pudiera decirle que a mí tampoco me apetece lo más mínimo, pero he caído yo solita en mi propia trampa.

—Iré con ella —anuncia Dermot, encogiéndose de hombros, sin mirar hacia mí, que levanto la cabeza de golpe—. Me vendrá bien relacionarme un poco. No he salido casi nada desde mi regreso.

—No necesito un acompañante —protesto, furiosa. No me apetece que se venga conmigo, y me da igual comportarme como una niña caprichosa. Solo quiero estar sola. O, al menos, lejos de Dermot.

Últimamente lo único que hace es enfadarme y luego ponerme cachonda, y esa es una combinación terrible. Necesito alejarme de él, pero me lo encuentro en todas partes y su voz resuena todo el día en los establos; juro que hasta soy capaz de percibir el aroma de su *aftershave* incluso cuando no está cerca. Me está volviendo loca, y es por eso por lo que hoy me he escondido en casa. Estoy harta de sus cambios de humor, de frío a caliente. Se acabó, está superado.

O eso pensaba, al menos, hasta que volvió al rancho y me empujó de nuevo a las garras de mi obsesión.

—Ada... —me riñe mi madre, y sé que va a hacer algún comentario sobre mis modales y sobre que sé comportarme mucho mejor.

Pero Dermot la interrumpe.

—Claro que no lo necesitas. Me limitaré a llevarte y te dejaré a tus anchas con tus amigos.

Lo fulmino con la mirada, echo la silla hacia atrás y subo las escaleras, furiosa.

## 4

DERMOT

Ada se sube a mi camioneta azul cobalto, suspirando, y cierra la puerta con mucha más fuerza de la necesaria. Se abrocha el cinturón de seguridad con gestos bruscos y se reclina en su asiento, con los brazos cruzados y la mirada fija en el parabrisas.

Vale, está enfadada otra vez. Supongo que no puedo culparla: soy un desastre y la he liado.

—¿Vas a conducir o a quedarte ahí sentado mirándome? —Su tono es mordaz, y aprieta las mandíbulas con fuerza, sin dedicarme ni una mirada.

Sacudo la cabeza, doy marcha atrás y miro por encima del hombro para salir por el largo camino de entrada.

—Antes eras una monada, pero te has convertido en un auténtico dolor de cabeza, ¿lo sabías?

Juro que lo que sale de sus labios es un auténtico rugido. Frunce los labios como si algo le amargara la boca, levanta la naricilla y su cara se enciende de un rojo furioso. Se vuelve para mirar por la ventanilla.

—Estupendo. Eso es justo lo que te mereces.

Soy un hombre adulto y hace falta algo más que un insulto acalorado para hacerme daño, pero que se aleje de mí, que ni siquiera me mire se me clava como una flecha en el corazón.

Es una de las pocas mujeres que me han importado, y soy consciente de que le he hecho daño con mi comportamiento y mi incapacidad para controlarme cuando está cerca. La mujer con la que he soñado los tres últimos años, a la que le he escrito cartas que nunca he tenido el valor de enviarle. La mujer por la que siento algo que jamás podré tener.

Me invade el nerviosismo al recordar la última semana: cada vez que he puesto las manos sobre su cuerpo —aunque debería haberlas mantenido quietecitas—, todo lo que he dicho y que debería haberme callado...

Lo último que quiero es hacerle daño a Ada, y por eso me hago una promesa a mí mismo, en este preciso momento y lugar, mientras recorremos en un

silencio tenso el tranquilo camino de tierra: debo hablar con ella. Tengo que darle una explicación y mostrarle esas cartas para que no siga pensando que lo que hay entre nosotros es unilateral.

¿Imposible? Sí. ¿Unilateral? Por supuesto que no.

Salta de la camioneta casi antes de que termine de aparcar, como si se hubiera incendiado la cabina y no pudiera alejarse lo bastante rápido, y atraviesa a toda prisa la pesada puerta de madera del Neighbor's Pub, el único bar en los alrededores de Ruby Creek.

Dejo escapar un hondo suspiro, cierro la camioneta y voy a regañadientes hasta la entrada de un bar en el que no quiero estar. Estoy cansado, y solo me he ofrecido a acompañarla esta noche porque he visto lo preocupado que estaba Tom al pensar que su única hija iba a salir sola. Y no podía culparlo por ello, o al menos eso es lo que me he dicho a mí mismo.

Así que aquí estoy esta noche, dispuesto a hacerle un favor a un amigo. No tiene nada que ver con que esté obsesionado con su hija y no soporte la idea de que esté con otro hombre.

Mis ojos tardan unos instantes en adaptarse a la oscuridad del pequeño local. Ada ya ha encontrado a sus amigos en una mesa junto a la barra: dos chicos y una chica. Me pone los pelos de punta, porque parece que estén en una cita doble. No tengo ningún derecho a actuar así, pero me acomodo en la barra y acerco un taburete a la mesita cuadrada, con la patética esperanza de que, si escucho con bastante atención, puedo llegar a oír fragmentos de su conversación.

Y a eso es a lo que me ha llevado, a mí, un hombre de treinta y un años, toda una semana cerca de Ada Wilson: a ignorar las erecciones que me provoca el modo en que su trasero llena los vaqueros cuando va por el rancho y a escuchar a escondidas las conversaciones con sus amigos.

*Patético.*

Alguien da un golpecito en la brillante barra frente a mí y doy un respingo antes de mirar el rostro ancho y amable del hombre que hay detrás.

—¿Qué quieres tomar?

Me aclaro la garganta y miro hacia los estantes a su espalda, repletos de botellas.

—Una cerveza me va bien.

El hombre coge un vaso de pinta, va a los grifos y abre el grifo para dejar caer el líquido dorado. Tiene la complexión de un ranchero y el cabello rubio

oscuro, y apostaría que solo es un par de años mayor que Ada.

—¿Eres nuevo por aquí? No te he visto antes.

Deja caer un posavasos frente a mí, deja encima la cerveza espumosa y me tiende la mano.

—Hank Brandt.

—Dermot Harding —digo, estrechándole la mano—. Encantado de conocerte. Soy de Merritt, pero vengo todos los veranos para ayudar a Tom Wilson a entrenar a los potros.

Asiente y se apoya cómodamente sobre la barra.

—Genial. Los Wilson son buena gente.

Mi vista se dirige a Ada, que está sentada con una botella de cerveza y mirando la nada. Está claro que no le interesa lo más mínimo la conversación.

—Los mejores —digo, distraído.

—¿Has venido con Ada?

Carraspeo y devuelvo mi atención a Hank.

—Sí. A Tom no le hacía gracia que saliera sola, así que me he ofrecido a acercarla. Creo que no le ha gustado demasiado mi oferta.

El joven hace un gesto desdenoso con la mano.

—No tienes por qué preocuparte por Ada. Es una buena chica, aunque un poco distante.

Ladeo la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

Esboza una sonrisa y se encoge de hombros.

—Mírala...

Me giro y veo que me está fulminando con la mirada, como si quisiera hacerme desaparecer. Quizá sea una buena chica, pero ahora mismo parece a punto de matarme.

—Todos los chicos de la ciudad están interesados en ella, pero no se da ni cuenta. Viene, la invitan a una copa o dos, rechaza con amabilidad a todos los que le piden una cita y se vuelve a casa. He oído comentar a los chicos que ha tenido algún que otro novio en la universidad, pero ¿aquí? Creo que esta es la primera vez que ha venido con alguien.

—Mmm —digo, y doy un sorbo a la cerveza. El burbujeante frescor se extiende por mi lengua y apaga el fuego que arde en mi interior al pensar en que Ada ha tenido novios, en plural, en la universidad.

—Ese de ahí es Travis —señala Hank, y se me encoge el pecho—. El que

tiene el brazo alrededor de su silla. La otra noche también estuvieron juntos.

Miro por el rabillo del ojo y, efectivamente, el chico larguirucho con el pelo de color arena tiene el brazo posado distraídamente sobre el respaldo de la silla de Ada. Mi primera idea es rompérselo, a lo que le sigue una intensa vergüenza por pensar siquiera que tengo derecho a sentirme así.

Es justo lo que ella merece: alguien joven, vivaz, sin ninguna carga a sus espaldas, que pueda seguirle el ritmo sin temer las consecuencias de tener una relación con ella. Alguien prometedor y despreocupado. Alguien que no soy yo.

Dejo escapar un gruñido, me acodo en la barra y le doy un gran trago a la cerveza. Llega más gente y Hank se apresura a atenderlos, y yo doy gracias por librarme de su mirada calculadora. Quizá sea joven, pero me miraba como si me hubiera calado, y me estaba incomodando.

Pero no estoy solo mucho tiempo. Un chillido agudo que proviene del mismo lado que la mesa de Ada me destroza los tímpanos.

—¡Dermot Harding! ¿Eres tú de verdad? —Me tenso de la cabeza a los pies cuando siento unas largas uñas recorrerme los omóplatos y un cuerpo ceñirse a mi costado—. Vaya si lo eres. ¿Cómo estás, cariño? Ha pasado mucho tiempo.

Tara Bennett, con la que he pasado algunas noches justo antes de irme, se restriega contra mí.

—Hola, Tara —digo con amabilidad—. Cuánto tiempo sin verte.

No necesito mirar a Ada para saber que ahora su atención está puesta en mí. Puedo sentir el peso de su mirada en mi piel, como si latiera en mi torrente sanguíneo.

Tara me pasa la mano por la parte baja de la espalda e intento no estremecerme. Hace tres años esto me gustaba, pero ahora me parece mal. Me giro hacia ella en el taburete y se ve obligada a apartar la mano, pero la deja caer sobre mi rodilla y da un paso hacia mí. Lleva una camiseta del Neighbor's Pub, una falda de mezclilla y un delantal negro.

—¿Ahora trabajas aquí?

—Sí, señor. —Sonríe con orgullo y busca mi mirada con entusiasmo—. Si quieres que nos pongamos al día, salgo dentro de un par de horas. Puedes invitarme a un trago. —Me guiña un ojo, irónica—. Por los viejos tiempos. Lo pasamos bien, ¿verdad?

Desliza la mano con osadía sobre mi muslo, y yo solo quiero alejarme.

Tara es guapa, sin duda, pero cuando la miro solo puedo pensar que no es Ada, que esa no es la cara que tengo grabada a fuego en el cerebro. Tara tiene los labios demasiado finos, el pelo demasiado rubio, lleva demasiado maquillaje y su perfume es demasiado dulzón. Ada es delicada y natural, y huele a una combinación de la mermelada que desayuna todas las mañanas y la hierba recién cortada, un aroma dulce y fresco. Me encanta ese olor. Me encanta...

*No vayas por ahí, Dermot...*

El fuerte chirrido de una silla contra el suelo me arranca de mis pensamientos. Me vuelvo hacia ese sonido, sorprendido, y veo a Ada levantándose de su asiento, con la cara roja como una manzana madura. Una manzana venenosa.

Se acerca a mí, coge las llaves que están sobre la barra antes de que pueda reaccionar y sale corriendo por la puerta como un tornado en plena destrucción. Veo a través de la ventana cómo salta al asiento del conductor de mi adorada camioneta azul, enciende el motor y sale disparada del aparcamiento, levantando una nube de grava tras ella mientras todo el bar la mira con confusión total.

Excepto yo. Yo no estoy confundido en absoluto: ha oído todo lo que ha dicho Tara.

## 5

ADA

Intento conciliar el sueño, pero hace demasiado calor en el rancho y tanto mi cuerpo como mi mente están demasiado inquietos. El aire que entra por la ventana no me ofrece ningún alivio, e incluso si me sintiera cómoda, mi cerebro hiperactivo no me dejaría en paz. Echo de menos el aire acondicionado de la residencia universitaria. Enciendo la lámpara de la mesilla de noche y miro el reloj: medianoche.

Hace un par de horas he oído el crujido de unos neumáticos en el camino de grava y he escuchado a Dermot decir: «*Gracias por acercarme*». Me habría gustado correr hacia la ventana para ver quién lo había traído, pero he sido demasiado cobarde y no he podido obligarme a hacerlo. Si ha sido Tara, no quiero saberlo. Ver cómo lo manoseaba con tanta audacia en público ya ha sido suficiente tortura, y sus palabras, el catalizador de mi estallido.

Estaba dispuesta a enfrentarme a los dos, pero al final he decidido que el curso de acción más seguro era irme sin más y dejar tirado a Dermot. Se lo merecía. Tenía que saber que permitir que otra mujer actuara así delante de mí me haría daño.

Y me refiero a auténtico daño físico: el dolor en mi pecho ha sido de lo más real, y no dejo de recrear esa escena en mi mente. Dios, ni siquiera estoy segura de que vaya a poder borrarla alguna vez. Sospechar y ver son dos cosas muy diferentes.

Sé que estoy siendo inmadura: Dermot es un hombre adulto y me lleva años de experiencia. Tengo claro que no ha sido casto, es lógico: es alto, moreno y deliciosamente guapo; es gracioso y un perfecto caballero. ¿Qué mujer no caería rendida a sus pies? Pero verlo de primera mano es otra cosa, y yo he intentado no enterarme de lo que significan en realidad los años que me lleva.

Y lo que es peor: me cae bien Tara. No, corrijo: me caía bien Tara. Ahora mismo no estoy segura de poder perdonarle alguna vez que haya probado lo que yo tanto deseo. La injusticia de esta situación me abrasa la garganta y me revuelve el estómago.

Doy un puñetazo en el suave colchón. Estoy demasiado nerviosa para dormir, demasiado enfadada e irracional. Y estoy harta de sentirme así.

Suspiro, frustrada; cojo la toalla que está colgada detrás de la puerta y me deslizo por las viejas escaleras que no dejan de crujir, intentando no despertar a nadie. Llevo años haciendo esto cuando no puedo dormir: un chapuzón rápido en las aguas frescas del río cuando hace tanto calor siempre me ayuda a encontrar paz. Es el reinicio mental que necesito ahora mismo.

Me pongo las sandalias y atravieso el patio trasero hasta el río, lanzando una mirada asesina a la casa de Dermot al pasar. El chirrido de los grillos inunda el aire como una pequeña sinfonía ahogada por el torrente del agua a lo lejos. Todo está envuelto en paz y oscuridad, aunque la luna llena brilla como un foco sobre el valle.

Dejo la toalla en el lugar habitual: un recodo escondido del río donde casi no hay corriente y el agua fría es profunda.

De pie sobre la toalla, me quito los pantalones cortos de dormir y la camiseta, y los dejo caer sobre las rocas. Esta es la mejor parte de vivir en medio de la nada: no hay miradas indiscretas.

Voy hasta la orilla y me convengo para dar el siguiente paso: aunque sé que voy a sentirme mejor, hace falta tener mucha convicción para arrojarse al agua helada.

Con una pequeña sonrisa, me acerco a la ribera, extendiendo los brazos, cierro los ojos y caigo de espaldas en el agua profunda.

Contengo la respiración y me hundo bajo la superficie. El frío helador me corta el aliento; siento la ingravidez y el sabor lodoso del agua que me refresca los labios.

Aquí todo es paz, oscuridad y silencio, como si el tiempo se hubiera detenido. El resto del mundo no tiene importancia en este lugar, rodeada como estoy por el río y las rocas que llevan siglos aquí, capeando el temporal. Mis problemas parecen tan insignificantes como una mota de polvo cuando pienso en la inmensidad y la atemporalidad de la tierra que me rodea.

Escucho un ruido deformado por el agua en la que estoy sumergida.

—¡Ada! —Buceo hacia la superficie para ver qué ocurre—. ¡Ada! —La voz resuena con más fuerza cuando emerjo del agua—. ¡Ada! ¡Dios mío! ¿Estás bien?

La luz plateada de la brillante luna ilumina a Dermot, que ha dejado la camisa sobre las rocas y está metido hasta las pantorrillas en el agua, con los

ojos desorbitados y jadeante como si estuviera a punto de rescatarme; de qué no estoy segura.

Me aparto el pelo de la cara y avanzo un poco dentro del agua.

—¿Qué haces, Dermot? —pregunto con frialdad.

Se pone las manos en sus estrechas caderas y sus ojos me escudriñan con atención, como si quisiera confirmar que de verdad estoy bien.

—Estaba sentado fuera y he oído un chapoteo —dice sin aliento.

Me tomo un momento para contemplarlo, sopesando mi respuesta. Hace tres años su cuerpo era larguirucho y juvenil, pero ahora está lleno de músculos. Miro las líneas de su abdomen definido y de su fuerte pecho, los tentadores huecos justo encima de sus clavículas y la forma en que sus músculos se tensan como una dura pelota bajo sus anchos hombros. Me lamo los labios y saboreo el agua terrosa del río que gotea por mi cara.

Dermot Harding ya no es ningún niño: se ha convertido en un innegable peligro para mi corazón y mi cordura.

—Vale, pero eso no explica lo que haces aquí —digo, intentando mantener el tono tranquilo de mi voz. Quiero que se vaya—. Me gustaría disfrutar de mi intimidad, si eres tan amable.

—Me has asustado. He pensado que estabas... —Se pasa la palma de la mano por la sombra oscura que adorna su mandíbula—. No lo sé. No puedo pensar con claridad. He creído que te había pasado algo.

Se me descuelga la mandíbula cuando me doy cuenta de lo que ha creído que ocurría. Por un instante, me quedo conmocionada, pero enseguida me inunda la indignación.

—¿En serio has pensado que iba a suicidarme por ti, Dermot Harding?! —grito sin aliento; pateo bajo el agua oscura y me acerco a la orilla, hasta donde hago pie.

—Yo...

—Eres un idiota. Eso es lo que eres —espeto—. Pero qué cara tienes. Te has superado a ti mismo, en serio.

—Sé que estás enfadada por lo de Tara —dice tímidamente, inmóvil en la orilla iluminada por la luna.

Suelto una carcajada.

—Bueno, mira, al menos te enteras de algo. Espero que el trayecto hasta casa haya sido divertido.

—¿Qué se supone que debía hacer, Ada? ¿Ser grosero con una chica que

solo pretendía ser amable? Y ha sido el camarero quien me ha traído porque tú me has robado la camioneta.

Vale, ahí no puedo decir nada. La vocecita mezquina en mi mente me dice que tenía que haber sido grosero con ella, pero él no sería el hombre al que he amado todos estos años si actuara así. Dermot rebosa integridad, lo que, por desgracia, me encanta, pero aun así me repatea.

—Bah. —Aparto la vista hacia la sombra de los árboles, río abajo, para no mirarlo a los ojos.

No quiero que lea en ellos lo mucho que lo deseo; y ese deseo no ha hecho más que crecer cuanto más tiempo paso con él. Es como un tambor que empezó a tocar con suavidad, pero que ahora resuena tan fuerte que su ritmo atronador no me deja ni pensar.

Es injusto desear tanto algo que nunca podré tener.

—Fue hace años, Ada. Tara no significa nada para mí.

Supongo que solo intenta ser amable, pero ese comentario me enfada.

—Entonces, ¿solo follas con mujeres que no significan nada para ti?

No le ha gustado lo que he dicho: lo veo en su lenguaje corporal y lo escucho en su tono de voz. Donde antes era amable y persuasivo, ahora es duro y autoritario.

—Sal del agua, Ada. Debes de estar helada. Y tenemos que hablar.

Le devuelvo la mirada y una sonrisa se dibuja en mi rostro cuando nuestros ojos se encuentran en la oscuridad. No pienso obedecer sus órdenes.

—¿Por qué no vienes a nadar un rato?

—No llevo traje de baño —dice entre dientes, con la voz temblorosa vibrando de furia apenas contenida.

Su control pende de un hilo. Casi puedo sentir cómo se enciende mientras calculo mi próxima jugada. Puedo echar leña al fuego, arriesgarme y llevarlo al límite, o puedo apagar esas llamas, retirarme de nuevo y salvaguardar mi orgullo.

Tal vez sea el calor, tal vez sea que estoy harta, pero elijo avivar las llamas.

—Yo tampoco —digo; inspiro hondo y me pongo de espaldas para flotar sobre la superficie del río.

La suave luz blanca de la luna ilumina la forma de mi cuerpo recortándose contra el agua oscura y resalta las puntas duras de mis pezones y la suave redondez de mis pechos, que se exponen a su mirada.

Tengo la sensación de que han pasado varios minutos larguísimos mientras

miro las estrellas titilantes en el cielo azul oscuro, controlando la respiración e intentando mantener la calma a pesar de que el corazón me late desbocado contra las costillas, pero en realidad no han debido de transcurrir más que un puñado de segundos cuando escucho un chapoteo en el agua, que se convierte en unas salpicaduras suaves. Siento un dedo sobre la barbilla.

—Ada... —Ese dedo me recorre el cuello con suavidad, como un susurro, y se detiene un instante en el hueco sobre mis clavículas.

Respiro entrecortadamente, temiendo que en cualquier momento explote la burbuja en la que estamos Dermot y yo.

Me arriesgo a mirarlo: el agua no le llega muy arriba y sus ojos están clavados en mi cuerpo. Juro que puedo sentir el calor de su mirada abrasándome la piel mientras me contempla por primera vez. Apoya la mano libre en la parte baja de mi espalda desnuda, bajo el agua, manteniéndome suspendida con facilidad ante él. Su dedo vuelve a moverse: lo pasea entre mis pechos, y me recorre un calambre que siento como una caricia en mi centro. La sensación del balanceo y del agua lamiéndome la piel bajo el silencioso manto de la noche está cargada de erotismo. Todas mis terminaciones nerviosas se crispan bajo la atención de Dermot.

Frunce el ceño, concentrado, y aprieta la mandíbula cuando su mirada encuentra la mía. Puedo ver el deseo en sus ojos, la indecisión, el fuego, y casi me derrumbo bajo su intensidad.

Es tan evidente que no alcanzo a comprender cómo he podido convencerme de que este hombre no me deseaba: su hermoso rostro lo dice a gritos.

Tensa la mano y sus dedos se extienden sobre la curva inferior de mi pecho. Nuestros alientos se entrecortan, trabajosos, y mi mente se queda en blanco. Solo puedo oír el sonido de nuestras respiraciones entremezcladas y el roce de su piel contra la mía mientras me acaricia el pecho, apretándolo con firmeza entre sus dedos.

Cuando me pellizca el pezón dolorido entre el pulgar y el índice, me arqueo hacia él, echando la cabeza hacia atrás, como si ofrecerme a él fuera lo más natural del mundo.

Ni siquiera puedo reprimir el gemido gutural que escapa de mi garganta: años de anhelo resumidos en un sonido de pura necesidad.

Su mano presiona con más fuerza mi espalda, y deja caer la cabeza sobre el otro pecho para poner los labios sobre un pezón mientras me pellizca el otro. No puedo creer que esto esté pasando de verdad. Gimo al sentir su lengua

rodeándolo antes de mordisquearlo. La piel me hormiguea y se me pone la carne de gallina.

Siento el calor y la humedad entre mis piernas, e intento aliviar el dolor que se acumula ahí apretándolas una contra la otra, pero es una causa perdida: el dolor apenas ha empezado, y asciende en un *crescendo* imparable. Si se detiene, voy a hundirme en el fondo del río, devastada e insatisfecha.

Desliza sus labios por mi piel húmeda y me acaricia la mejilla con un gesto posesivo.

—¿Sabes por qué Tara no significa nada para mí?

—N... No —tartamudeo; no quiero hablar de ella.

—Porque ninguna mujer ha significado una mierda para mí desde la noche en que me besaste —admite, y esa confesión me deja sin aliento.

El corazón me late errático en el pecho cuando me saca en brazos del agua: pecho contra pecho, pelvis contra pelvis, boca contra boca.

Los labios de Dermot reclaman los míos y sus dedos se clavan en mis muslos desnudos, que envuelvo alrededor de su cintura. Nos estremecemos al unísono, como dos corazones que laten a un tiempo. Puedo sentir su erección presionando los vaqueros mojados y restriego mi sexo desnudo contra la tela, desesperada; enredo los dedos en su espeso cabello.

Aunque solo sea una noche, lo quiero todo.

—Demuéstralo —lo desafío.

## 6

ADA

Atravesamos la puerta principal y entramos en la pequeña casa de invitados. Dermot me ha mantenido pegada a él todo el camino desde el río, con los dedos tensos clavados en mi trasero. Mañana tendré moratones. Ojalá mañana tenga moratones.

No parece haber hecho ningún esfuerzo: al parecer, todo ese entrenamiento militar ha dado sus frutos a la hora de llevarme en brazos.

—Espera, Ricitos de Oro —ha dicho, y luego me ha levantado y me ha llevado hasta su casa.

Mi boca no ha abandonado su piel ni un instante, y me he tomado todas las libertades que he podido mientras él tenía las manos ocupadas sosteniéndome. Me rodea el embriagador aroma de su loción para después del afeitado cuando paseo la lengua por su hombro y la deslizo hasta su cuello. Cierra la puerta de una patada tras nosotros y suelta un gemido cuando le muerdo y le chupo el cuello con fuerza.

Quiero marcarlo.

Se da la vuelta, me empotra contra la puerta y me sujeta la barbilla.

—Ada, estás jugando con fuego al mordirme así.

—Genial, porque quiero quemarme.

Abre los ojos y se le dilatan las aletas de la nariz bajo la tenue luz de la casita. Me lamo los labios, embebiéndome del peligro que veo en su mirada: es salvaje. Es la mirada de un hombre que ha perdido el control.

—No quiero hacerte daño. —Sus dedos me recorren el rostro.

—Demasiado tarde.

Un gruñido sordo retumba en su pecho.

—Me refiero a todo lo que estoy a punto de hacerte. ¿Eres...?

Sonrío. Sé que no le va a gustar la respuesta a esa pregunta.

—No eres el único que se ha acostado con gente que no le importa. Ya no soy una niña, Dermot.

Su rostro se oscurece y estampa las caderas contra mi cuerpo, anclándome en

mi sitio.

—Eso es el pasado. —Me suelta la barbilla y mira hacia abajo entre nosotros donde mi cuerpo desnudo lo envuelve, entre mis muslos abiertos; pasea los dedos por los pliegues de mi sexo—. Esto es mío.

Asiento, distraída, alarmada por sus palabras, pero incapaz de apartar la vista de sus dedos; me tienen fascinada.

—Dilo, Ada. Di que eres mía.

Me muerdo el labio inferior hasta hacerme daño, sin dejar de mirar cómo sus dedos acarician mi dolorido centro. Me tiemblan las piernas de la pura ansiedad, pero mi voz suena clara y firme.

—Soy tuya, Dermot. Siempre he sido tuya.

Ese reconocimiento es su perdición. Se deja caer en el suelo, llevándome con él. Se recuesta sobre la tarima de madera y yo quedo sobre él, en *shock*, porque no puedo creer que esto esté pasando de verdad. Este hombre al que llevo deseando desde que tengo uso de razón se ha arrodillado ante mí y me ha dicho que soy suya. Es más de lo que puedo procesar.

Cuando levanta las caderas, cojo sus vaqueros mojados, los deslizo por sus piernas y los tiro a un lado, hasta dejar al descubierto sus muslos musculosos y el contorno de su polla dura tensándose contra sus calzoncillos. Se los bajo y me lamo los labios, con la boca seca, al verlo ante mí, grueso y dispuesto.

Está apoyado sobre los codos, con los ojos muy abiertos y la mirada indecisa, con las mejillas rojas por la excitación y las ondas de su cabello oscuro despeinadas. Me detengo un instante para admirar su glorioso cuerpo: cada línea, cada cicatriz, cada lunar. Quiero memorizarlo todo, grabarlo en mi memoria y recordarlo para el resto de mi vida.

Se me encoge el pecho al verlo en todo su esplendor, con toda su belleza expuesta ante mis ojos. Un escalofrío de anticipación me recorre la piel, y clavo los nudillos en el suelo para asegurarme de que esto es real.

—Llevo deseando esto tanto tiempo... —Las palabras escapan en un jadeo de mis labios antes de que pueda detenerlas.

Su longitud se tensa a modo de respuesta; coge sus vaqueros, saca un condón de la cartera y me lo ofrece.

—Demuéstralo.

Nuestros dedos se rozan cuando cojo el envoltorio y me recorre esa misma corriente eléctrica que siempre siento navegando por mis venas como un rayo cuando me toca.

—Estoy tomando la píldora. ¿Estás limpio? —Asiente una vez, con los ojos como platos, sincero y conmovedor. La ira que sentía hacia él se diluye en las gotas de agua que salpican a nuestro alrededor y, en su lugar, solo queda el deseo. Tiro el paquetito de aluminio al suelo y paso una pierna sobre su cuerpo para sentarme a horcajadas sobre él—. Bien. Porque quiero sentirte.

Gime y deja caer la cabeza contra el suelo con un ruido sordo; sus manos ascienden por mis caderas hasta rodear mi cintura.

—Vas a matarme, Ada Wilson.

*Bien*, pienso para mis adentros, *así podrás probar un poco de tu propia medicina*. Llevo una mano entre nosotros para empuñar la suave y dura longitud. Me encanta tenerla en la palma de mi mano, me siento poderosa, como si por primera vez llevara ventaja en este juego de tira y afloja que nos traemos los dos.

Alineo la cabeza de su miembro con mi resbaladiza entrada. Debería tener frío, pero mi cuerpo está en llamas. Un escalofrío me recorre la columna al sentirlo en mi interior y, después de años de espera, me dejo caer sobre él. Me empalo en su cuerpo y echo la cabeza hacia atrás con un gemido estrangulado.

—Joder, Ada. Joder...

Se incorpora y mis pechos suben, pegados al suyo. El roce de su vello contra mis pezones me arranca un jadeo. Es demasiado, siento demasiado...

Jadeo cada vez más, como un globo demasiado lleno que va a terminar por estallarme en la cara.

Pero no me importa. No puedo parar.

Contoneo las caderas sobre él y me tenso; adoro sentirlo dentro de mi cuerpo. Dermot es grande, y jamás me había sentido tan deliciosamente llena. Gruñe contra la piel de mi cuello y el roce de la barba se suma a todas las sensaciones que recorren mi cuerpo hipersensible. Me peina el cabello húmedo con los dedos, con brusquedad, y termina con un tirón en la base de mi cráneo que me obliga a acercar el rostro al de él y a mirarlo a los ojos. Ese gesto parece mucho más íntimo ahora que su pene desnudo palpita en mi interior.

—Ada. —Me roza los labios con el pulgar con un gesto reverente—. ¿Sabes lo bueno que es esto, joder? ¿Cuántas noches he soñado con este momento? ¿Los meses que he pasado intentando mantenerme lejos de ti y convencerme de que lo estaba imaginando todo? Joder. —Baja la barbilla y cierra los ojos con fuerza—. Las cosas que quiero hacerte...

Las lágrimas anegan mis ojos. Esa confesión... El tiempo que ha pasado, los

años que hemos estado separados, los motivos por los que esto no va a llegar a ninguna parte... Todo se desvanece con esa confesión. Todos esos años en los que me avergonzaba pensar que estaba loca.

Nada de eso importa cuando aquí y ahora estoy unida al hombre al que siempre he deseado, al que siempre he amado. Todo lo demás da igual.

Le toco la mejilla con ternura y me hago eco de sus palabras.

—Demuéstrame.

Y de pronto sus labios vuelven a apoderarse de los míos, pero esta vez es diferente: lánguido y sensual en lugar de fuerte y frenético. Las manos de ambos deambulan por nuestros cuerpos y nos balanceamos juntos con un ritmo constante. Siento cada rugosidad, cada vena mientras se desliza dentro y fuera de mí, y el roce de su cuerpo contra mi clítoris aumenta mi frenesí en cada embestida. El dolor en mi pelvis aumenta por el placer, la tensión se acumula en la base de mi columna con cada embate, con cada caricia de sus dedos, con cada mirada.

*Dios, esa mirada...*

Lo estrecho con más fuerza y gimo en su boca, contra su piel, y cuando estoy contoneándome y retorciéndome sobre él, perdida en la sensación de tenerlo dentro de mí, él se recuesta y lleva el pulgar a mi clítoris.

—Cabálgame, Ada. Córrete para mí.

Y esas palabras casi son lo único que necesito. Me muevo sobre él un puñado de veces, aceptándolo dentro de mí en toda su longitud: me llena por completo y lo adoro. Su pulgar dibuja círculos perezosos, resbaladizo por la humedad de mi excitación. Y, de pronto, la tensión en mi columna estalla.

—¡Dermot! —grito, y lo abrazo.

Una única gota de sudor se desliza entre mis pechos como si fuera una flecha que dirigiera el ardiente placer que me atraviesa cuando navego sobre las olas del orgasmo. Él no deja de tocarme ni de empujar en mi interior mientras me derrumbo sobre él. De hecho, acelera el ritmo, embistiendo con más fuerza hasta que se me acalambran los pies y me tiemblan los muslos.

Implacable, hasta que alcanza su propia liberación.

Se tensa bajo mi cuerpo y suelta un gruñido posesivo cuando se derrama en mi interior, y el corazón se me desborda en el pecho porque ha sido incomparable.

Me derrumbo sobre su húmedo torso y él me estrecha contra sí; me besa el pelo y pasea la mano arriba y abajo por la línea de mi columna. Nuestra

respiración es trabajosa y está perfectamente sincronizada. Juego con un dedo en el vello de su pecho, distraída, y siento que por fin he conseguido todo lo que quería.

Estoy sin palabras; jadeante; saciada.

Abrumada.

—Es hora de ducharse. Voy a lavarte de arriba abajo y, después, voy a hacerte un montón de cosas perversas —me susurra Dermot al oído.

Un temblor de excitación me recorre de la cabeza a los pies y sonrío contra su pecho.

—Seamos perversos, entonces.

Caigo sobre las lujosas almohadas de plumas con un suspiro satisfecho. Dermot ha pasado las últimas horas metido de un modo u otro entre mis piernas, y estoy rendida. Podría morir ahora mismo y sería feliz.

En mis fantasías siempre disfrutábamos juntos, pero esto ha ido mucho más allá: la química, mis ansias, su habilidad. Ha sido una experiencia sexual mucho mejor incluso de lo que me había atrevido a soñar. Si llego a saber que iba a ser así, me habría vuelto loca cuando me rechazó hace tres años.

Salvada por la ignorancia.

Pero también me pregunto si habría sido así si no nos hubiéramos visto obligados a separarnos, si no hubiéramos tenido años para cocer esto que tenemos a fuego lento e imaginar cómo podría ser. Aún no puedo creerme que haya pensado en mí, que, después de todo, lo que hay entre nosotros no sea unilateral. Y si en la universidad no hubiera tenido un par de encuentros en la oscuridad, bajo las sábanas, con chicos inexpertos, ¿habría comprendido la enormidad que han supuesto las últimas horas con este hombre?

No creo.

Extiendo la mano para entrelazar nuestros dedos; estamos tumbados uno junto al otro, mirando las formas que dibujan las sombras en el techo de vigas de madera cuando la luz de la mañana inunda la habitación y nos arrebató la seguridad y la protección que nos ofrecía la noche. O, al menos, parece que se las arrebató a él.

—Deberías irte.

Mi corazón se salta un latido.

—Perdona, ¿qué?

Se pone de costado para mirarme, con la cabeza apoyada en la palma de la

mano.

—Me refiero a que tienes que volver a la casa principal para que tus padres no se enteren.

Parpadeo con rapidez, intentando seguir lo que dice, tratando de entenderlo.

—Dermot, me da igual que mis padres se enteren.

Me mira fijamente, con una sonrisa triste pintada en el rostro.

—Ada, tus padres son mis amigos, parte de mi familia. Me tomaron bajo su ala, me dieron un buen empleo, un empleo estable. No puedo salir por la mañana sin más con su única hija del brazo. ¿Qué iban a pensar? ¿Qué iba a pensar todo el pueblo? Te conozco desde que eras una cría, y nunca pensé en ti de este modo hasta aquella noche, en el porche, y nadie tiene por qué saberlo.

El miedo me encoge el estómago porque aborrezco la idea de mantenerlo en secreto, como si hubiera algo malo en estar juntos. Pero tampoco quiero asustar a Dermot. Tenemos que encontrar un punto intermedio.

Me tapo el cuerpo desnudo con la sábana, con la sombra de la incertidumbre rondándome por la mente.

—Vale, pero ¿estamos...? ¿Esto...?

Suelto un gemido y escondo la cara entre las almohadas. Odio el sonido de mi voz al preguntar, detesto necesitar que me diga que esto es algo más.

Siento el calor de su cuerpo cerca de mí y sus dientes paseando por mi hombro desnudo mientras baja la sábana.

—No te escondas de mí, Ricitos de Oro. Te lo he dicho: eres mía. Solo... tenemos que pensarlo bien. Quiero que estés segura de en dónde te metes al estar conmigo. Me cuesta creer que vayas a seguir queriéndome cuando sepas lo jodido que estoy.

—¿Estás hablando del otro día, cuando sonó el tubo de escape de la camioneta?

Sus ojos se pierden e la distancia.

—Es más que eso, Ada —dice después de reflexionar con calma la respuesta—. No soy el mismo hombre que cuando me marché. He visto demasiadas cosas, he dejado demasiado atrás. Ni siquiera estoy seguro de que me guste mi nuevo yo.

El corazón me late con fuerza y se me encoge el pecho por la profunda tristeza que hay en su voz. No sé qué decir ante esa definición de sí mismo. Ojalá pudiera verse a través de mis ojos: fuerte y paciente, con esa boca

perversa y adictiva. Me siento a salvo cuando estoy con Dermot, y lo único que sé es que lo quiero bajo cualquier condición, sea como sea. Dejarlo después de lo de anoche sería... Ni siquiera me atrevo a pensarlo, así que me acerco a su amplio pecho y le doy un beso sobre el corazón.

—Me gustan todos tus yos, Dermot Harding.

Y después me envuelvo en la sábana y corro hacia la casa principal.

# 7

DERMOT

Hoy estoy rendido, y es mucho decir, porque no he dormido una noche entera desde que estuve alistado. Por lo general, entrenar a los potros me inunda de adrenalina: es emocionante ver cómo los caballos jóvenes van adquiriendo una buena base. Paso muchos días en el rancho, y es donde me siento más yo mismo, donde estoy más a gusto, pero hoy, después de una primera mitad de noche estresante, seguida de una segunda mitad demasiado movida, lo único que quiero hacer es volver a la cama. Con Ada.

Ya no puedo negar lo que siento por ella. Estaba convencido de que no era más que la obsesión de un hombre deshecho por algo inocente e inmaculado, un recuerdo reconfortante, pero está claro que esto va mucho más allá. No debería haber dejado que las cosas llegaran tan lejos; debería haber seguido mis planes y haberme mantenido a distancia, porque después de anoche, todos los muros que había levantado a mi alrededor se han convertido en escombros desparramados a sus pies.

Resoplo y le quito la silla al agotado potro.

He embestido contra esos muros como lo habría hecho un puto elefante contra la puerta de una cacharrería, sin tener en cuenta las consecuencias que puede conllevar nuestra relación. ¿Qué va a pensar la gente de mí, de un hombre en la treintena que conoce a esa chica desde que era pequeña, que juró por su honor proteger a los demás? Ahora, cuando repaso mis recuerdos, me siento fatal. Y me siento todavía peor cuando pienso en lo traicionados que podrían sentirse sus padres, cómo podría empañar su reputación en este pueblo diminuto.

Pero cuando estoy con Ada todo me parece bien. Anoche mi mente estuvo en calma por primera vez desde que dejé el ejército. Con ella no actué solo por inercia, estaba ahí, presente.

Y quiero eso para siempre, pero ¿a qué coste?

Desde que mis padres se marcharon, Tom y Lynette se han convertido en mi familia, y no quiero perderlos, pero me he colocado a mí mismo en una

situación imposible: quedarme con Ada y decírselo a sus padres, a quienes amo y respeto y que, sin duda, querrán castrarme, o renunciar a Ada y..., bueno, ni siquiera puedo pensar en ello.

*Estás bien jodido, Dermot.*

Le doy un ligero cepillado al caballo antes de llevarlo de regreso con el resto de la manada. Inspiro profundamente para ver si el aire cálido del verano consigue tranquilizarme, hasta que mis ojos se posan en el trasero de Ada con esos vaqueros y me quedo sin respiración.

Va hacia el prado de Penny, jugueteando con las riendas y tarareando de forma desafinada mientras avanza con aire despreocupado. Y como si pudiera sentirme, mira sobre su hombro hacia donde estoy. Me quedo inmóvil y la contemplo boquiabierto, incapaz de comprender cómo un ángel como ella ha podido elegir a un hombre hecho polvo como yo. ¿Cómo puede decir que le gustan todas las versiones de mí? Ese día me vio desmoronarme con el ruido de la camioneta. ¿Cómo puede ser tan insensata? ¿Cómo ha podido perdonarme tan fácilmente por alejarme de ella y romperle el corazón? Es demasiado ingenua. *Y por eso tienes que avisarla.*

Pero no sé cómo coño voy a hacerlo cuando lo único que quiero es desnudarla y poseerla.

Está radiante, y la sonrisa que me dedica es tan cegadora como mirar al sol.

Una fuerte palmada en la espalda me arranca de mi ensoñación, y trato de controlar el bulto en mis pantalones mientras me vuelvo hacia... Tom Wilson.

—Buenos días, señor. —Agacho la cabeza, nervioso, y el color abandona mi rostro. Rezo para que no se haya dado cuenta de que me estaba comiendo con los ojos a su pequeña, y para que no note mi erección descontrolada.

—Por el amor de Dios, Dermot, ¿por qué insistes en llamarme «señor»? Me haces sentir viejo.

—Lo siento, Tom —digo, riendo entre dientes.

—Eso está mejor. —Me hace una seña y se vuelve para regresar a los establos—. Cuéntame cómo van los caballos antes de que vaya a la ciudad.

Le ofrezco un breve resumen de cómo van los potros, y le aseguro que a finales de semana todos estarán domados y listos para ser montados.

—Siempre has tenido buena mano, Dermot. Con los caballos y con la gente. Es difícil no quererte.

Esas palabras caen como una piedra en mi estómago. Si supiera lo que estuve haciendo con su hija anoche, a lo mejor no se pondría tan emotivo.

—Gracias —digo con torpeza, apartando la vista, porque soy incapaz de sostenerle la mirada.

—Menudo mordisco tienes ahí, chico.

Lo miro, confundido, y solo caigo cuando él sonríe y se da una palmada en el cuello.

Los dientes de Ada me han dejado una marca.

Estoy intentando ayudar a Ada con Penny, pero esa mujer es una auténtica distracción: la forma en que rebotan sus pechos cuando cabalga, el modo en que su cabello dorado ondea al viento tras ella cuando galopa, el modo en que ha pasado la pierna sobre la silla como la pasó sobre mí anoche...

Me estoy comportando como un payaso cachondo que no puede dejar de pensar en todas las maneras en que podría corromper a una dulce chica de veintiún años. Quiero corromperla a ella, y solo a ella, durante el resto de mi vida.

Y ese es un pensamiento alarmante, una epifanía monumental, y mucho más de lo que estoy preparado para asumir.

—¡Hemos galopado! —canturrea Ada; el sudor se desliza por la cruz de Penny, y todo el cuerpo de Ada parece vibrar con su contagioso entusiasmo.

Mis botas golpean el suelo cuando desmonto a Solar, sonriéndole.

—Cuánta excitación.

Su mirada esmeralda recorre mi cuerpo de forma sugestiva y enarca una ceja cuando llega más abajo de la hebilla ovalada de mi cinturón. Mi cuerpo no va a dejar de reaccionar jamás a su mera proximidad aunque mi cerebro le suplique que se detenga.

—La misma que la tuya...

—Aquí no, Ada —la reprendo, y me alejo; no quiero herir sus sentimientos, pero tampoco me apetece que nos pille alguno de los miembros del personal que andan por el rancho.

Odio no poder controlarme con ella. Pensaba que, si esperaba unos meses después de llegar a casa, si podía mantenerme alejado del Gold Rush Ranch aunque estuviera a unas horas de distancia, iba a ser capaz de resistirme a lo mucho que me atrae, que iba a confirmar que había imaginado esa conexión cuando estaba en el extranjero, que era algo que solo estaba en mi cabeza.

Ni siquiera mantuve mis propósitos una semana completa, y Dios sabe que tampoco tuve las manos quietas antes de anoche. Para ser un soldado, la

verdad es que mi autocontrol es atroz.

De regreso a los establos, atamos a los caballos y les quitamos los arreos en silencio. La tensión se palpa entre nosotros. Sé que Ada no entiende que me resista y puedo ver lo inquieta que está por la forma en que se mueve mientras atiende a la pequeña yegua cobriza. Hasta Penny parece nerviosa por culpa de Ada, como si pudiera sentir la tormenta que se fragua en su interior bajo esa fachada inocente.

Pasamos por el cobertizo en el que se guarda el heno después de dejar a los caballos cuando ella me agarra por el codo y me lleva a rastras hacia el oscuro edificio. Antes de que pueda protestar siquiera, se arrodilla, se pelea con la hebilla de mi cinturón, me baja los vaqueros y me agarra la polla como si quisiera vengarse de mí.

—Ada...

—Cállate, Dermot. No quiero oír excusas. Estar cerca de ti siempre ha sido doloroso, pero ¿estar cerca y saber lo que es tenerte? Es insoportable, sin más.

Me lame la cabeza de la polla como si fuera un helado, y se me queda la mente en blanco. Todos los motivos racionales que tenía para rechazarla se esfuman de golpe. Muevo las caderas hacia ella cuando se la mete en la boca y desliza la cabeza hacia mi pelvis, y me apoyo en la vieja pared de contrachapado para no caerme. Mueve la lengua en círculos y ahueca las mejillas mientras me la chupa, deslizando las manos por mis muslos hasta apretarme el trasero. Con la otra mano me acaricia los testículos y por un momento temo perder el control y estallar en segundos.

Pero eso no va a pasar: por mucho que esté disfrutando, quiero más.

La cojo del pelo y la aparto de mí, deleitándome con el modo en que abre los ojos y parpadea, mirándome desde el suelo de tierra del cobertizo. Me agacho, la levanto y me doy la vuelta para sentarla sobre una pila de fardos; ella deja escapar un gritito, sorprendida.

—Tres fardos. La altura justa para saborear lo que tienes entre los muslos.

—Ay, Dios... —Sus mejillas se tiñen con un precioso tono rosado, y levanta las caderas para ayudarme a quitarle los vaqueros ajustados.

Los dejo caer al suelo, pero no le quito las botas de cuero primorosamente rematadas.

—Estás genial así, Ada —murmuro; le separo las piernas para dejarla abierta ante mí—. Podría devorarte, joder...

Como única respuesta separa los labios dibujando una preciosa O. Quizá

haya estado con otros hombres, pero tengo claro que no tiene mucha experiencia, y me encanta la forma callada, aunque repleta de necesidad, en que reacciona. Me gusta sorprenderla con mis palabras, y a ella también parece gustarle, a juzgar por el modo en que tiembla bajo mi mirada.

Paso un pulgar por sus pliegues y veo el brillo de su excitación.

—Mmm —murmuro cuando poso mi boca sobre su pubis y la pruebo, y se le ponen los ojos como platos—. Sabe a... —le levanto más las piernas— a que eres mía.

Y hundo la cabeza entre sus muslos; mi lengua se mueve con lentitud y suavidad al principio, pero después mi ritmo se acelera y se vuelve más brusco, impulsado por sus gemidos, por los dedos que se hunden en mi pelo.

Le tiemblan las piernas y las entrelaza tras mi nuca, pero no me detengo. Deslizo un dedo en su calor húmedo sin dejar de usar la lengua.

—Ay, Dios, Dermot, no pares —murmura, y yo la llevo al orgasmo.

Cuando por fin lo alcanza, arquea la espalda y me tira del pelo rítmicamente, perdida en el placer. Y yo sonrío porque me encanta hacer que se deshaga así por mí.

—Gracias —suspira sin aliento.

Me aparto un poco y arqueo una ceja.

—Ay, cariño, todavía no he acabado contigo.

La bajo de la pila de fardos de heno y ella sonrío. Cojo la cuerda que envuelve el que está en lo alto, lo tiro al suelo junto a nosotros y la hago girar. Pongo una mano sobre sus caderas y la otra entre sus omóplatos, y me echo hacia ella.

—Dos fardos. La altura perfecta para que te apoyes en ellos —le susurro al oído, y ella gime cuando la empujo contra la bala de heno—. Abre las piernas, cariño. —Miro cómo separa los pies, calzados con botas, y me encanta lo ansiosa que se muestra. Dejo escapar un gemido cuando la veo ahí, apoyada, con las piernas desnudas que se pierden dentro de sus botas.

Va a acabar conmigo, joder.

Me echo sobre su espalda y me alinee con su entrada; ella se estremece bajo mi cuerpo.

—Te encanta, ¿verdad, Ada?

Y me deslizo en su interior.

—¡Sí! —grita; se ciñe en torno a mi longitud y acerca las caderas.

Juego con ella, saliendo casi por completo de ella.

—Querías esto, ¿eh? —gruño, y me hundo hasta la empuñadura.

Bombeo en su interior con un ritmo constante, escuchando el sonido de mis muslos al chocar con su trasero desnudo, oliendo el aroma almizclado del heno que nos rodea en el silencioso cobertizo, sintiendo cómo su suave cuerpo se mueve bajo el mío.

Esto, lo que hay entre nosotros, lo significa todo para mí.

Me incorporo para contemplarla y la intensidad, la enormidad de mis sentimientos hacia ella me toma por sorpresa. Por mucho que he intentado mantenerlos a raya a lo largo de los años, al final han calado hondo en mí. La agarro de las caderas y empujo con más fuerza, enardecido al saber que me desea, cuando podría haber elegido a cualquier otro hombre. Mi autocontrol se esfuma cuando estoy con ella, y ahora mismo ni siquiera me importa.

Cuando se estremece bajo mi cuerpo, gritando mi nombre, y el sonrojo cubre su piel al llegar a un nuevo clímax, no puedo resistirlo más, y, como ella ya ha llegado, puedo dejarme ir con total abandono.

—Me toca —mascullo, y todas las sensaciones, todas las emociones se entremezclan y me llevan al límite inmediatamente después de ella.

Mientras nos calmamos, me echo hacia delante para cubrir su cuerpo con el mío y le doy un beso debajo de la oreja para que sepa que vamos a conseguir que esto funcione, que jamás voy a renunciar a ella.

Pero poco después me quedo helado cuando la puerta del cobertizo se abre y una voz resuena en lo que hasta hace un instante era un espacio íntimo y seguro.

—¿Qué coño está pasando?

Me apresuro a esconder a Ada. No me importa tener los pantalones por los tobillos: ella no se merece exponerse a miradas indiscretas. Es la voz de uno de los peones del rancho, Gord. No me pilla de nuevas que estos tíos sean ultraprotectores con Ada —siempre ha sido así—, pero el tipo le ha echado pelotas al entrar aquí así, tan enfadado.

Soy consciente de que me he metido en un lío.

—¡Fuera! —exclamo, furioso. La cabeza me da vueltas al pensar en lo que esto significa para mí. Para ella. Para nosotros—. Joder... —murmuro cuando se cierra la puerta.

Ada se pone de pie y coge sus vaqueros. Todavía está sofocada por el orgasmo, pero tiene los ojos muy abiertos y alarmados. Me acaricia los brazos mientras me subo los pantalones.

—No pasa nada, está bien...

—No, Ada, no está bien. —Me paso la mano por la cara—. Si se lo cuenta a alguien antes de que yo tenga la oportunidad de explicarme... No lo entiendes.

—Pues explícamelo.

—Yo ya era un adulto cuando tú todavía eras una cría larguirucha con el pelo enredado como un nido de pájaros. Lo que van a decir de nosotros... La gente no va a entender que nunca había pensado en ti de este modo hasta ese puñetero beso.

Me paso las manos por el pelo y miro hacia la chapa ondulada del techo.

Ada baja la barbilla, se abrocha los vaqueros y me dedica una mirada inocente y confiada que siento como una puñalada en el corazón.

—Ahora somos los dos adultos, Dermot. ¿A quién le importa lo que diga la gente?

—Tus padres son algo más que amigos para mí, son la familia que nunca he tenido. Los míos se marcharon y nunca he vuelto a verlos. No puedo hacerles esto. No puedo decepcionarlos así.

—¿Por qué crees que va a decepcionarles que me hagas feliz? —dice, confundida.

Sabía que esto iba a pasar. Sabía que era una mala idea. Siempre he sabido que debía mantenerme alejado de Ada Wilson, que ceder a las putas fantasías confusas que nacieron de ese beso inocente hace años solo iba a traerme complicaciones. Debería haber sido más fuerte, porque ahora voy a hacerle daño a alguien más aparte de mí.

Enmarco su rostro con mis manos y la beso en la frente con reverencia antes de volverme para salir del cobertizo. Si a Ada no le preocupan su reputación ni su futuro, tendré que ser yo quien se encargue por ella.

Gord está apoyado en la esquina más alejada del cobertizo, con una gran bola de tabaco en la boca y mordisqueándose las uñas. Apenas me dedica una mirada cuando me acerco.

—Tal y como yo lo veo, o uno de los dos se lo dice o te subes a la camioneta sin más y regresas a la montaña.

Suspiro. Odio tener que tomar esa decisión, pero me niego a destrozarle la vida a Ada. Puedo renunciar a los Wilson si eso significa que Ada va a vivir la vida sin nada que ensucie su buen nombre.

—Me iré.

## 8

ADA

Voy corriendo a la antigua granja para buscar a Dermot. Tengo que encontrarlo. Ese beso en la frente ha sido distinto; no tenía el calor y la fuerza de nuestros anteriores encuentros.

Ha sido como un adiós.

Por fin aparece ante mí, en las escaleras de la entrada de casa de mis padres. Tiene los hombros tensos y echados hacia atrás, demostrando su entrenamiento militar.

—¿Qué haces? —pregunto, con el miedo atenazándome las entrañas. Es como si mi cuerpo ya supiera lo que mi mente se niega a aceptar.

—Solo he ido a avisar a tu madre de que me voy. Ella se lo dirá a tu padre.

Pasa junto a mí hacia la pequeña casa de invitados, y las alarmas se disparan en mi mente.

—¿A dónde vas?

—Vuelvo a casa, a Merritt.

Lo sigo pisándole los talones como un cachorrillo.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

Abre la puerta principal y voy tras él; él se da media vuelta para mirarme, y sus ojos son puro acero, fríos y decididos. Cualquier rastro de calidez en su mirada como el de la noche anterior, cuando estaba a horcajadas sobre él, en este preciso lugar, ha desaparecido.

—Todo el tiempo que haga falta hasta que me aclare. No puedo hacerte esto.

Dejo escapar un jadeo, pero él se da la vuelta y se pone a meter cosas en su bolsa de mano.

—¿En serio, Dermot? —La ira se apodera de mi voz y la estrangula—. ¿Vas a escaparte otra vez?

—No me escapé, Ada. Me alisté en el ejército para servir a mi país, y aprendí unas cuantas verdades sobre la vida y sobre mí mismo. Es hora de que hagas lo mismo.

—Ah, ¿sí? Dime, Dermot, ¿qué se supone que debo aprender? —Me cruzo

de brazos y me hincó las uñas en la piel con tanta saña que van a quedarme marcas.

Sus ojos oscuros se clavan en los míos con cierto deje de crueldad.

—Los enamoramientos infantiles solo son eso. Es mejor olvidarlos.

Doy un paso atrás como si me hubiera abofeteado. Anoche hicimos el amor aquí mismo... ¿y ahora resulta que solo es un «enamoramiento infantil»? Me quedo sin palabras, congelada, y solo quiero que la tierra me trague ahora mismo, pero él deja caer la bolsa junto a la puerta y vuelve a hablar mientras va hacia la cocina.

—Soy demasiado mayor para ti, Ada, y no tengo nada que ofrecerte. Nunca he tenido una relación a largo plazo, y ni siquiera sé si podría hacerlo. No he dormido una noche entera en los tres últimos años. Me asustan los ruidos fuertes. He visto cosas que no puedo sacarme de la cabeza. No estoy bien, y tú tienes toda la vida por delante. Te mereces algo mejor que tener que cargar conmigo. —Su voz se quiebra por la emoción, y levanta la cabeza para mirar al techo.

Un dolor agudo me recorre el pecho: la clase de dolor que te oprime la garganta y amenaza con transformarse en unas náuseas que te consumen por completo. Se me encienden las mejillas y me arden los ojos, pero me niego a llorar. No voy a compadecerme de Dermot cuando lo que necesita es una buena patada en el culo.

Me tiemblan los dedos cuando levanto la mano para señalarlo, acusadora.

—Tengo padre, Dermot —digo con voz firme y extrañamente tranquila, aunque cargada de tristeza—. Es él quien me da lecciones, no tú. Tú solo eres un imbécil que está demasiado ciego como para ver lo que tiene delante. Y nunca vas a ser feliz porque estás muy ocupado compadeciéndote de ti mismo.

Tensa la mandíbula como si intentara retener las palabras que quiere pronunciar. Espero que el sabor de la disculpa que me debe sea amargo. Ojalá le revuelva el estómago.

—Deberías irte —es todo lo que dice.

La sentencia que suponen sus palabras la siento como una puñalada en el corazón. Intento no estremecerme, pero no lo consigo.

—Y tú también deberías —digo; doy media vuelta y me marcho de la casa, furiosa.

Ya he pasado por esto antes. Debería haber sido más lista.

No quiero enfrentarme a mis padres ni al resto del personal, así que voy al único lugar donde sé con seguridad que nadie va a juzgarme: el corral de Penny.

Paso la valla de madera y voy hacia donde está ella, pastando. El sol del verano ilumina su lomo esbelto, y mueve la cola arriba y abajo para espantar a los insectos. Tiene un aspecto radiante, saludable, con ese color cobrizo brillante de las monedas nuevas.

Ha progresado muy rápido con la ayuda de Dermot, y el saber que tengo que concederle parte del mérito me pica como alcohol en una herida abierta. No hay ni un solo lugar en esta granja que no me lo recuerde. Este es mi hogar, mi refugio, y él ha entrado y ha arrasado con todo.

Otra vez.

¿Cómo he podido ser tan ingenua?

Cuando me acerco lo suficiente, la cabeza de Penny se alza para saludarme; sus enormes e inteligentes ojos parpadean con inocencia, como si yo no supiera que esta yegua castaña tiene una vena diabólica. Le sonrío con tristeza. Me gusta su lado descarado. Ojalá me pareciera más a ella y fuera más dura, porque ahora mismo me siento demasiado frágil.

La cara de póquer que tan cuidadosamente me he colocado se desvanece cuando paso las manos alrededor de su cuello sedoso y siento su aliento cálido y húmedo en el hombro. El dolor que siento en el pecho tira abajo todas mis barreras y me sacude con fuerza. Me quedo sin aliento, hundo la cara en el cuello de la potra y me desmorono.

No sé cuánto tiempo me quedo aquí, llorando, pero al final la paciencia de Penny se agota y se aparta para volver a pastar, con una mancha húmeda en el cuello.

No sé qué hacer. Me siento como si estuviera viviendo una pesadilla. El cielo es de un azul perfecto, los campos lucen un verde brillante, los pájaros cantan, felices, y, sin embargo, todo mi mundo se está derrumbando. ¿Cómo es posible que un día tan bonito me parezca tan feo?

He estado muy cerca de tener lo que siempre he querido, solo para perderlo en un abrir y cerrar de ojos. ¿Cómo se supone que voy a retomar mi vida después de saber lo que significa estar con él?

Me tumbo sobre la hierba, demasiado mareada como para moverme; el sonido de los dientes de Penny al mordisquear el pasto es tranquilizador; las grandes nubes blancas flotan pacíficamente sobre mí y me transportan a mi

infancia en el rancho, cuando jugaba todo el día, montaba a los caballos a pelo, contemplaba las nubes y soñaba despierta con Dermot Harding. Creo recordar que incluso llegué a deshojar margaritas: «Me quiere, no me quiere...».

Ahora las nubes solo son manchas blancas sin sentido que dibujan un panorama demasiado sombrío para una mujer de veintiún años con toda la vida por delante. Una risa histérica escapa de mis labios.

—¿Debería preocuparme?

La voz de mi padre me envuelve como un cálido abrazo, y oigo cómo le da unas fuertes palmaditas a Penny en las ancas musculosas.

—No.

—Ada, estás tirada en el campo, mirando hacia el cielo y riéndote como una loca. Llevo un rato mirándote y ni siquiera has parpadeado. Te quiero, pero das miedo.

Sonríó ante la imagen que acaba de dibujar para mí. Tiene razón, es un poco espeluznante dicho así.

—Yo también te quiero, papá —es lo único que se me ocurre decir.

—Tu madre te estaba buscando. Es la hora de cenar.

¿Cómo puede ser la hora de la cena? ¿Cuánto tiempo llevo aquí tumbada?

—Ay, lo siento —murmuro, sin terminar de comprender cómo me he pasado horas tirada en el campo.

Mi padre murmura algo que suena muchísimo a «*Voy a matarlo, joder*» y se sienta a mi lado.

Coge una brizna de hierba, la mira, receloso, y se la pone en la comisura de la boca. Es un ranchero de los pies a la cabeza.

—¿Estás bien, mi niña?

Suspiro. No quiero mentirle a mi padre: siempre ha sido mi pilar, mi mayor fan, y no quiero ni pensar en decepcionarlo, pero la intensidad de la vergüenza de Dermot ha sembrado una semilla de duda en mi interior. Quizá tenía razón y yo no me entero de nada.

Así que me decido por algo que es verdad, pero que tampoco quiere decir nada.

—Lo estaré.

—Por supuesto que sí. Eres mi hija —masculla, y hurga en el suelo entre nosotros.

# 9

DERMOT

Las montañas que rodean el rancho de mi familia siempre me han parecido asfixiantes, pero en las dos últimas semanas se han convertido en deprimentes de verdad. Son demasiado altas, proyectan una sombra demasiado larga y son demasiado frías.

Echo de menos la calidez del sol y las colinas de Ruby Creek, la camaradería de los que me rodeaban en el Gold Rush Ranch.

Echo de menos a Ada.

Cuanto más me alejaba de ella, menos lógicas me parecían las razones para marcharme. La última vez tenía que irme porque me había alistado en el ejército, pero ¿ahora? Nadie me esperaba, y mis únicas compañeras son una granja solitaria y una mente traumatizada.

Como no tenía ningún otro plan a la vista, finalmente le encargué a un geólogo independiente que buscara depósitos mineros en mis tierras y, al parecer, ha dado, literalmente, con una mina de oro. Esa es mi recompensa por ser el último Harding que queda en este rancho. Cuando todos los demás tuvieron el sentido común para irse y empezar de nuevo, yo me quedé porque soy demasiado sentimental como para deshacerme del sitio.

Demasiado sentimental incluso para hacer algo, para avanzar, y por eso me he pasado los últimos días recorriendo y mapeando el terreno. Por la mañana reviso las cercas y por la tarde me siento en las ruinas del porche delantero. Como el terreno tiene más de ochenta mil acres, supongo que voy a estar entretenido bastante tiempo.

Vendieron las vacas y las gallinas antes de que me alistara. No hay cultivos, y los únicos signos de vida de este lugar son las flores silvestres que se han apoderado del valle en mi ausencia y las ardillas que ahora mismo creo que viven en el ático.

Y yo. Pero yo no vivo, solo estoy sobreviviendo. Duermo a trompicones y los recuerdos de mi tiempo en el extranjero me despiertan a menudo, pero eso no es nada nuevo. Lo nuevo es que me despierte el profundo arrepentimiento

de haber dejado a Ada, en lugar de los sueños sobre nuestro primer beso.

Me atormenta pensar en lo que podría haber sido si las circunstancias hubieran sido distintas, el modo en que enrojeció y levantó la barbilla para reprimir las lágrimas cuando le dije que me iba otra vez. Cómo tuve su corazón en las manos y lo estrujé hasta hacerlo polvo. Y todo porque soy demasiado cobarde como para confesar lo que siento y afrontar las consecuencias. Y, tal vez, también porque estoy aterrorizado hasta la puta médula al pensar que alguien a quien necesito tanto pueda dejarme algún día, y no sé cómo podría seguir adelante si eso ocurriera. Al fin y al cabo, nadie ha permanecido a mi lado: ni mis padres, ni mis hermanos ni los amigos que hice en el ejército... ¿Por qué Ada iba a ser diferente?

Es joven y va a la universidad, y estoy convencido de que algún día dirigirá un criadero de caballos de carreras, me lo dice el corazón. Ada Wilson es inteligente, fuerte y emprendedora, y lo último que necesita es un hombre destrozado que la frene.

He hecho lo mejor para los dos, incluso aunque ahora no lo parezca. O, al menos, es lo que no dejo de decirme a mí mismo.

Le doy un largo trago a la cerveza y apoyo la cabeza en el respaldo del columpio del porche, y me impulso con ganas por si balancearme unos minutos me trae algo de paz. Quizá pueda permitirme recordar la sensación de la piel sedosa de Ada en mis dedos, la caricia de su lengua en mi boca, el sonido de sus gemidos mientras me movía en su interior.

Es un bonito sueño.

Me dejo ir a la deriva hasta que el sonido de unos neumáticos chirriando sobre la grava del camino me arranca de mi ensoñación. Lanzo una maldición sin abrir los ojos y todo mi cuerpo se pone en tensión. Lo único que deseo ahora mismo es estar solo.

Cuando el ruido del motor se acerca lo suficiente, abro un ojo, y abro los dos cuando Tom Wilson sale de la camioneta, y me incorporo, alarmado.

*¿Qué coño hace aquí?*

Parpadeo y me froto los ojos para asegurarme de que no es una visión. Ha aparcado la camioneta junto a la mía, y el remolque que lleva se balancea, probablemente, por los movimientos de uno o dos caballos. No entiendo nada.

—Tienes una pinta horrible, hijo —dice de buen humor, subiendo las escaleras del porche.

—No esperaba visitas. —Tengo la voz ronca después de días sin hablar con nadie.

—Pero yo quería visitarte. Me apetecía hacer una ruta por las montañas. —  
Evalúa mis terrenos con la mirada.

Parpadeo, confundido.

—Podías haber llamado.

Hace un gesto con la mano.

—Los dos sabemos que no habrías contestado —dice, y yo respondo con un gruñido porque tiene razón—. ¿Vas a ofrecerle una cerveza a este anciano o te vas a quedar ahí sentado como un pasmarote?

—Perdón. —Salto del columpio al darme cuenta de lo grosero que he sido desde que ha llegado. *Vaya manera de darle la bienvenida a un hombre al que dices querer y respetar, Dermot*—. Siéntate. —Señalo el columpio—. Ponte cómodo, que ahora mismo te traigo una bien fría.

Me da un breve apretón en el hombro cuando paso junto a él hacia la casa desordenada. Una vez en la cocina, apoyo las manos en la encimera y bajo la cabeza, intentando descifrar qué demonios hace Tom Wilson aquí. No tengo ni idea de si ha descubierto lo que ha pasado entre Ada y yo y está enfadado, y solo hay una manera de averiguarlo.

Salgo al porche con dos cervezas frescas.

—Tienes una granja estupenda, Dermot. Entiendo por qué no has querido venderla.

Le doy una de las cervezas y me acomodo frente a él en la enorme silla Adirondack.

—Pues parece ser que he tomado la decisión correcta —apunto. Tom le da un largo trago a la cerveza y me mira con curiosidad—. Hice lo que me aconsejaste y le pedí a alguien que hiciera un informe de la tierra. Ya sabes, que excavara un poco y esas cosas.

Se echa hacia delante para apoyar los codos en las rodillas y sus acuosos ojos azules me miran con complicidad.

—¿Y bien?

Mi mirada vaga por la tierra rocosa y cubierta de maleza que nos rodea.

—Estamos sentados sobre una mina de oro. Al parecer, la empresa minera tenía buenos motivos para meter las narices. —Miro a Tom—. Gracias por empujarme a investigar.

Sus ojos brillan y sacude la cabeza; se reclina para contemplar el escarpado

paisaje.

—¿Cuánto hay?

—Muchísimo. Una puta tonelada métrica.

—Bueno, ¿y qué piensas hacer?

—Pues montar un negocio, supongo. Aunque no tengo ni idea de cómo. — Por fin, por primera vez desde que ha llegado, lo miro a los ojos—. ¿Tu oferta de ayuda sigue en pie?

—Has pasado por muchísimas cosas para tu edad, Dermot. —No respondo. ¿Qué demonios voy a contestar a eso?—. Y quiero que triunfes. Así que, sí, por supuesto que la oferta sigue en pie. Te daré el capital inicial y mi apoyo a cambio del cinco por ciento de la empresa. ¿Qué me dices?

Siento un pinchazo en el puente de la nariz y una opresión en la garganta que intento controlar.

—No sé por qué siempre te has portado tan bien conmigo...

Me dedica una sonrisa triste que apenas alcanza sus ojos.

—Tengo debilidad por ti desde aquel primer verano que viniste a trabajar para mí. Tenías veinte años y eras un completo idiota, aunque muy bueno con los caballos.

Suelto una carcajada.

—Para ser sincero, Tom, no estoy seguro de haber cambiado mucho. Creo que estoy más perdido que entonces.

Él solo asiente, inclina la botella y da un sorbo.

—Nada que no pueda arreglar una noche de acampada. Preparemos las mochilas y emprendamos camino para montar el campamento antes de que anochezca.

—Podemos salir por la mañana, Tom. Tampoco tenemos que hacerlo todo.

Deja la botella vacía de golpe sobre la mesita que tiene a su lado.

—Antes no te quejabas cuando te decía que fuéramos de acampada. Además, he visto el interior de tu casa a través de la ventana, y soy demasiado mayor para dormir en un piso de soltero desastroso.

Miro a través del cristal: «desastroso» ni siquiera alcanza a describirlo. Me he conducido como un zombi que vive en una zona de guerra, y este lugar es un desastre. Me dan ganas de coger una cerilla, quemar la vieja casa hasta los cimientos y empezar de nuevo.

—Está bien. Dame diez minutos.

Me acomodo en el saco de dormir, más relajado de lo que he estado desde hace días. Brisa fresca, cambio de aires y tragos de whisky con un viejo amigo. Me siento como si tuviera veinte años de nuevo.

Me pesan los párpados y me quedo dormido enseguida junto al fuego, bajo el brillo de las estrellas.

Cuando por fin abro los ojos, ya ha amanecido y Tom está levantado y preparando café sobre la hoguera.

—Buenos días, bella durmiente.

Me paso las manos por la cara, sorprendido por haber dormido toda la noche de un tirón.

—Lo siento. No he dormido mucho últimamente.

—Define «últimamente» —dice, frunciendo el ceño con aire preocupado.

Dejo escapar un suspiro entrecortado y miro las nubes algodonosas que navegan por el cielo azul brillante.

—Pues deben de haber pasado casi tres años.

—Ay, Dermot...

Levanto una mano para detenerlo. No quiero su compasión; no la merezco después de lo que le he hecho a su hija.

—Está bien, Tom. No necesito una palmadita en la espalda. Ya mejoraré con el tiempo. Aquí siempre es peor porque hay demasiada tranquilidad. Tengo demasiado tiempo para pensar en... todo.

—Bueno, pues vuelve al rancho. La casa de invitados es tuya siempre que la necesites.

Me paso los dedos por el pelo, mesándomelo, frustrado.

—No puedo.

Sirve una taza de café negro bien cargado y me la tiende.

—¿Por qué?

—Yo... —La vergüenza me atenaza las entrañas. Si él supiera... Tomo un sorbo de café para llenar el silencio.

—Sé lo tuyo con Ada.

Y el café se derrama sobre el saco de dormir. Él tuerce la boca en una sonrisa que no tiene nada de humor.

Dejo escapar lo primero que se me ocurre.

—Lo siento.

Frunce los labios y toma un sorbo de café.

—¿Qué sientes?

—Haber traicionado tu confianza. —El corazón me late con fuerza en el pecho y la ansiedad fluye por mis venas. ¿Lo ha sabido todo este tiempo y ha actuado como si solo fuéramos a pasar el rato?

—La única persona a la que has traicionado es a Ada. ¿Yo? —Se encoge de hombros y luego los deja caer con un gesto dramático—. Yo solo estoy confuso.

Me ruborizo. ¿Traicionar a Ada? La simple idea de unir esas dos palabras hace que me enfurezca conmigo mismo. Es lo último que quería hacer.

—¿Confuso por qué?

—Porque no entiendo cómo el hombre que conozco ha podido abandonar a la mujer que ama.

Doy un respingo, como si acabara de atizarme un puñetazo en el estómago.

—¿Ella...? —Miro fijamente el líquido negro como la tinta en la taza de hojalata—. ¿Te lo ha dicho ella?

Tom resopla.

—No bromeabas sobre lo de seguir siendo un idiota... —Nos quedamos sentados en silencio, perdidos en nuestros pensamientos, hasta que Tom añade —: Hasta un viejo tonto como yo puede ver que amas a esa chica. ¿Y ella? —Sacude la cabeza, incrédulo—. Ella siempre ha estado enamorada de ti, siempre ha querido salir a ganar contigo. Desde que te vio por primera vez. Y nunca ha dejado de hacerlo, ni un segundo. Y eso —me señala con el dedo— es un regalo que la mayoría de los hombres no conocerán jamás.

Sus palabras me sacuden como una bola de demolición, como si de pronto hubiera desaparecido todo el aire del valle y esas montañas por fin hubieran conseguido asfixiarme. Me siento vacío.

—¿Entonces no te importa?

Tom se levanta y se dedica a recoger el campamento, incómodo por mi línea de interrogatorio.

—¿Por qué iba a importarme? ¿Porque eres mayor que ella y llevas años con nosotros? ¡Me da igual, Dermot! Y si la amas como creo que la amas, lo que piensen los demás tampoco debería importarte. —Su voz es tranquila, aunque ese instinto de protección deja un rastro de ira contenida en el modo en que inspira profundamente—. Te quiero como a un hijo, Dermot. Y quiero que seas feliz, como quiero que Ada sea feliz. Y, en lo que a mí respecta, juntos tendréis lo mejor de los dos mundos.

Guarda nuestras cosas en las bolsas: está claro que ha puesto fin a nuestra

acampada. Le escucho murmurar algo como «*Si es que no pueden ser más tontos...*» cuando me levanto para ayudarlo en silencio, sintiéndome adecuadamente reprendido.

Hacemos el viaje a casa en un silencio que está lejos de ser incómodo. Quizá debería serlo, pero no puedo dejar de pensar que Tom me ha aclarado mucho las cosas, así que ahí estoy, con el rabo entre las piernas, pensando que debería haber sido un poco más listo y haber confiado más en mí mismo.

Que debería haber confiado más en Ada.

Y ahora voy a tener que demostrarle a ella que puede confiar en mí de nuevo, y, conociéndola, no va a ser fácil.

Una vez que llegamos a la granja ayudo a Tom a cargar el remolque. Hemos pasado años trabajando juntos y nos conocemos muy bien el uno al otro, así que nos sincronizamos a la perfección y hacemos el trabajo en silencio y del modo más eficiente.

Cuando abre la puerta de la camioneta, se gira y abre los brazos. Me entrego a ese abrazo paternal, y sonrío cuando me da unas fuertes y reconfortantes palmadas en la espalda. Los mimos de este hombre son como los que le dedica al ganado.

Se aparta y me mira fijamente a los ojos, con las manos sobre mis hombros.

—No puedo decidir por ti con respecto a tu vida privada, pero le prometiste a esa chica que la ayudarías a llegar a las carreras, y sé que eres un hombre de palabra.

Asiento, decidido.

—Nos vemos pronto.

Regresaré al Gold Rush Ranch y conseguiré a la chica, la merezca o no.

# 10

ADA

Me miro en el espejo para asegurarme de que voy bien maquillada. Hoy es el Denman Derby y pienso disfrutarlo como todos los años. Me he puesto un vestido nuevo con estampado de flores, llevo el pelo rizado y me he pintado las uñas; nadie diría que soy una granjera.

Satisfecha con mi imagen, inspiro hondo.

—Es hora de seguir adelante, Ada —murmuro para mis adentros, irguiendo los hombros—. Es tu día favorito del año. ¿Quién necesita la Navidad?

La chica que me devuelve la mirada desde el espejo está preciosa y parece fuerte y dispuesta a comerse el mundo. Esa soy yo. Han sido dos semanas muy dolorosas, pero he aprendido mucho acerca de mí misma. He atravesado el infierno y he salido reforzada; he pasado página, he reorganizado mi futuro y me siento más segura de mí misma y de mi fortaleza de lo que jamás he estado.

Creo que siempre amaré a Dermot Harding, pero tengo otros sueños que quiero alcanzar, y sería estúpida si me quedara paralizada y deprimida. He llegado a comprender que Dermot me ama a su manera, pero eso no es suficiente: primero necesita amarse a sí mismo.

Está tan obsesionado con lo que todos van a pensar de él, por creer que nada es para siempre, que no puede entregarse a nada ni a nadie. Está paralizado.

Me di cuenta hace unos días, cuando nadaba a medianoche en el río: no puede mirar primero por sí mismo porque no se quiere lo suficiente como para ser su propia prioridad. Esa noche dejé de llorar por mí misma para llorar por él: un hombre demasiado asustado como para aceptar el amor que yo tenía para ofrecer.

Es una auténtica lástima, pero yo no puedo ayudarlo con eso: por suerte para mí, yo no sufro esa inseguridad.

Así que aquí está la nueva Ada, forjada a fuego, que pronto se habrá graduado en la universidad y será la propietaria y entrenadora de campeones, de caballos de carreras canadienses. Dermot Harding tuvo la oportunidad de

embarcarse conmigo en esta aventura, pero ahora, que se aparte de mi camino.

Bajo trotando las escaleras hacia la puerta principal, y me calzo las sandalias de tacón que he elegido para hoy con una sonrisita pintada en el rostro. Me siento bien. De hecho, me siento genial.

Hasta que salgo al porche y veo una camioneta de color azul metalizado en el camino de entrada. Dermot está sentado sobre el portón trasero, balanceando las piernas y con un ramo de rosas sobre el regazo.

Levanta la cabeza bruscamente cuando escucha cómo la puerta se cierra de golpe detrás de mí.

—Ada...

Los nervios me atenazan el estómago, pero los controlo.

—No. No quiero escucharte.

Voy hacia la camioneta de mi padre, y oigo cómo mis padres cierran a mi espalda.

—Cinco minutos, Ada. ¡He traído flores!

Suelto una risotada incrédula.

—No me conoces lo más mínimo, Dermot Harding. ¿Flores? Esfuérzate más.

Me subo al asiento trasero del coche y cierro la puerta para no oír lo que sea que tenga que decir. Hoy es mi día.

Mi madre le da una palmadita compungida en la rodilla y mi padre agacha la cabeza y se encoge de hombros como diciendo «*Mujeres*». Al cabo de un momento, toda mi familia ha subido a la camioneta y Dermot no es más que una figura encorvada en el espejo retrovisor.

El día en las pistas es perfecto, como siempre. El día del derby siempre despierta algo en mi interior: quiero estar ahí, con mi propio caballo, corriendo en las pistas. Ahora sé, más que nunca, que eso es lo que quiero hacer con mi vida.

Hemos disfrutado de una cena agradable, hemos bebido vino, hemos hecho unas cuantas apuestas en las que ni hemos ganado ni hemos perdido y ahora estamos de regreso a casa, charlando sobre los caballos que hemos visto.

—Quiero comprar otro, papá.

—¿Otro qué? —pregunta, mirándome a través del espejo retrovisor.

—Otro caballo de carreras.

Una amplia sonrisa se dibuja entre las manzanas maduras que son sus

mejillas.

—Cada cosa a su tiempo, Ada. Quizá pueda ser tu regalo de graduación. Solo te falta un año para acabar la universidad.

Miro por la ventanilla el paisaje cada vez más oscuro, y aprieto los labios para contener la enorme sonrisa que amenaza con iluminar mi rostro. No puedo aguantarme mucho más.

Nos vamos quedando cada vez más en silencio a medida que nos acercamos a la granja. Nadie se ha atrevido a mencionar el aspecto que tenía Dermot cuando nos marchamos, pero ahora el peso invisible de su regreso parece ocupar todo el espacio disponible en la camioneta.

—¿Crees que aún estará ahí? —pregunta mi madre cuando tomamos la salida.

Me encojo de hombros y aparto la vista. Seguro que no. Quedarse no es su fuerte.

—Sabes que ese chico está perdidamente enamorado de ti, ¿verdad, Ada? —insiste.

Aprieto los labios para contenerme. Mi madre tiene buenas intenciones, y soy consciente de que ambos descubrieron lo que había pasado entre nosotros con tanta facilidad que ya debían de sospechar algo antes. Sabía que no les molestaría. ¿Por qué Dermot no confiaría en mí sin más?

—No es un chico, mamá. Es un puto adulto.

—¡Ada Wilson! ¡Esa lengua! —Mi madre se muestra escandalizada, pero mi padre se limita a reírse: me conoce bien.

—Es un hecho. Es un adulto. Y si lo que acabas de decir es cierto, tiene una forma muy rara de demostrarlo —añado, y vuelvo a mirar por la ventanilla.

Nadie se molesta en llevarme la contraria, y, cuando llegamos a casa, nos rodea un silencio absoluto al enfilear el camino de entrada en penumbra.

Hasta que mi padre deja escapar un quejido. Dermot sigue sentado en la parte trasera de la camioneta, esperando, como si no se hubiera movido en todo el día. Y aunque acabo de decir que es un hombre adulto, al verlo ahora mismo me parece un niño perdido.

Siento un tirón en el pecho: es la cuerda invisible que siempre me ha atado a él, intentando llevarme de nuevo a su lado. La punzada en el corazón que lo acompaña me hace querer abrazarlo, hacer míos su dolor y su decepción y ofrecerle mi apoyo.

Pero aún no puedo hacerlo. Estoy demasiado cabreada; me ha hecho

demasiado daño.

—No dejes que se quede —digo, y salgo de la camioneta, resoplando.

Le echo una mirada y luego voy corriendo hacia la casa, sabiendo que, si lo miro demasiado tiempo, si me pierdo en esos ojos oscuros, mi determinación se vendrá abajo. Ese hombre es como un enorme tanque de ácido para mi fuerza de voluntad.

Me quito los zapatos y voy a mi dormitorio para meterme en la cama sin hablar con nadie. Me deshago del vestido, me pongo el pijama y me paso las manos por la cara hasta hacerme daño. Estoy a punto de acostarme cuando escucho el chirrido de la puerta mosquitera al abrirse. Me levanto y miro por la ventana con tanta rapidez que me avergüenzo de mí misma.

Aparto un poco la cortina de encaje y veo a mi madre ir hacia la camioneta de Dermot con una almohada, una manta y un sándwich. *Traidora*. Entonces escucho que le dice «*Recapacitará*». *Traidora al cuadrado*. Le da unas palmaditas en el hombro, se gira y regresa a casa, y yo me tumbo en la cama, cerrando los ojos con fuerza hasta que consigo conciliar el sueño.

Cuando me despierto por la mañana tengo miedo de asomarme a la ventana. Si veo a Dermot durmiendo fuera, voy a rendirme. Quería que volviera a por mí, y lo ha hecho. Entonces, ¿por qué no me parece suficiente?

Lo único en lo que puedo pensar es que creyó que podía venir con un ramo de rosas y que yo me lanzaría corriendo a sus brazos. Con eso mostró una absoluta falta de reflexión, como si no me conociera en absoluto: lo único que he hecho en mi vida con las flores es trenzarlas en las crines de los caballos.

Voy arrastrando los pies por el suelo de roble hacia el baño, pero me detiene un fuerte ruido metálico.

*¿Qué demonios...?*

Aparto la cortina, como anoche. La camioneta de Dermot sigue ahí, pero él se encuentra junto a los establos y está dándole martillazos a lo que parece un montón de vallas de metal.

Reconozco que me ha picado la curiosidad, así que me pongo unos vaqueros y salgo.

No levanta la vista cuando me acerco a la valla: sigue trabajando con calma y a un ritmo constante. Lo admiro sin reparos: el modo en que mueve las manos con cada martillazo, el sudor que cae por su frente. Me imagino pasando la lengua por la gota que se desliza por su bien dibujado pómulo y, cuando por

fin me doy cuenta de que he estado divagando, empiezo a preocuparme por todo el tiempo que lleva ignorándome.

—¿Qué haces? —pregunto, incapaz de resistirme más tiempo.

Sonríe y se pasa el brazo por la frente para secarse el sudor.

—Pensaba que sabrías lo que es esto, Ricitos de Oro.

Estudio el montón de barras que está colocando, pero debo de estar atontada, porque no tengo ni idea de lo que es.

—Está bien —suspiro, irritada por no reconocer algo que se supone que sé lo que es—. Vamos a hacer como que no lo sé...

Se ríe, y un hoyuelo juguetón aparece en su mejilla; se da la vuelta y retoma el trabajo.

—Es un regalo.

—¿Para quién?

—Para ti.

Doy un paso atrás. No quería las flores, pero tampoco estoy segura de querer esto.

—Vale. ¿Por qué?

Se acerca a la valla y apoya los antebrazos. No puedo evitar mirar hacia abajo y contemplar cómo en esa postura los vaqueros se ciñen a su trasero. Estar tan cerca de él es como si me ofrecieran agua después de pasar dos semanas en el desierto.

Él se da cuenta, y su mejilla se contrae, aunque tiene el buen criterio de no comentarlo.

—Porque te hice una promesa —responde, y yo ladeo la cabeza para animarlo a continuar—. Te dije que te ayudaría a convertir a Penny en un caballo de carreras. Es la nueva puerta de entrenamiento. Solo tienes un par de meses más para que compita en las carreras de potros. Y creo que la puerta va a ser todo un desafío.

Miro hacia la puerta. Abro la boca, pero no sale ni una palabra. Esto era lo que yo quería. Flores no: esto.

—Ada, pareces un pez fuera del agua. Ve a buscar a tu yegua, que ya casi he terminado.

Asiento en silencio y me alejo con las piernas temblorosas. ¿Qué quiere decir todo esto? ¿Solo ha vuelto para ayudarme con Penny? ¿O ha regresado por mí?

Estoy de pie junto al brillante pelaje cobrizo de Penny y ni siquiera sé cómo

he llegado hasta aquí, como si mi mente se hubiera desconectado por completo. Le pongo el cabestro y vamos junto a Dermot, que está colocando los paneles para que la puerta parezca una especie de tobogán.

—Podemos usar otros accesorios, pero, en principio, la clave es que se sienta cómoda. Tienes que montarla lo suficiente para que confíe en ti cuando finalmente la metas en el box.

Enarco una ceja, preguntándome si habla de Penny o de mí, pero sigo adelante y pasamos la mañana trabajando juntos. Es una tortura estar tan cerca de él y no saber si solo ha vuelto al rancho por asuntos profesionales. El calor de su cuerpo traspasa mi ropa cuando se mueve a mi alrededor para mostrarme cómo funciona la puerta, aunque nunca llega a tocarme; ni siquiera un roce accidental con la pierna o un pequeño empujón con el codo.

Y después de unas horas, estoy a punto de enloquecer. Quiero que me toque. Que me empotre contra esa estúpida puerta y que haga lo que quiera conmigo. Todo mi cuerpo tiembla de pura necesidad, y él casi ni me mira a los ojos.

Tengo que irme. He quedado en ridículo demasiadas veces al arrojarme a sus brazos y no puedo permitirme hacerlo una vez más. Así que me dedico a las tareas del rancho y Dermot vuelve a sentarse en su estúpida camioneta como si fuera un cachorro perdido. Un cachorro al que quiero dar una patada y luego besar.

Cuando estoy a punto de entrar en casa para cenar, lo veo ahí sentado, mirando unas hojas de papel, y se me acaba la paciencia.

—¿Qué haces?

Parece sorprendido por mi tono mordaz.

—Quería mostrarte esto.

—¡No hablo de eso! —Le arranco los papeles de las manos y los dejo caer al suelo—. Hablo de por qué estás aquí. Ya has construido la puerta. Si eso era lo que querías, pues ya puedes irte.

Pero entonces bajo la mirada y veo los papeles cerca de mis pies.

*«Querida Ada».*

Me agacho y recojo la hoja que tengo más cerca con el corazón latiéndome acelerado en el pecho.

*«Querida Ada:*

*Acabo de empezar la formación básica y aquí todos tienen alguien a quien escribirle. No tengo*

*ni idea de a quién mandarle una carta y que quiera saber de mí en realidad, así que te ha tocado.*

*Tuyo*

*Dermot*

*P. D.: Debería haberte devuelto el beso».*

Miro a Dermot y su rostro es impenetrable. Me tiemblan las manos y me dejo caer en el suelo, sobre el camino de grava, recogiendo con desesperación el resto de las hojas. Dios mío... Hay muchísimas. Los papeles crujen en mis manos cuando los recojo.

*«Querida Ada:*

*¿Sabes esa sensación que tienes después de un largo día en el rancho? Te has levantado temprano y has trabajado de sol a sol, te sientes como si tuvieras las piernas de gelatina y lo único que puedes hacer es meterte en la cama y dormir lo mejor posible. Pues estoy mucho más cansado que entonces y aun así no puedo dormir.*

*Me paso los días intentando no soñar despierto pensando en la noche en la que me besaste, reproduciéndola en mi mente desde todos los ángulos posibles, tratando de grabármela en la memoria. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué plantaste esa semilla en la mente de un hombre que sabías que se iba a marchar, un hombre que hasta entonces nunca había pensado en ti de esa forma? Ahora no sé qué pensar sobre eso, sobre ti, sobre mí, y ni siquiera tengo el valor para preguntarlo. En cualquier caso, es mejor así.*

*Tuyo*

*Dermot*

*P. D.: Debería haberte devuelto el beso».*

Un gemido entrecortado escapa de mis labios cuando paso las páginas. Carta tras carta.

—Dermot...

*«Querida Ada:*

*Aquí todo es oscuro, triste y deprimente. Los días se confunden unos con otros y lo único que me ata a casa eres tú. Tu cabello dorado como el sol, tus sonrisas despreocupadas, el aroma de tu gel de mandarina que me envolvió esa noche, cuando estuvimos más cerca que nunca. El modo en que tus manos se apoyaron sobre mis hombros cuando me besaste. Qué no daría por un simple roce de esas manos en este momento...*

*Cuanto más tiempo estoy fuera, más cambian mis recuerdos. Más pienso que tenemos una conexión, y no sé si es algo nuevo o si siempre ha estado ahí. No sé. Eres tan joven, joder... Estás mejor sin mí.*

*Tuyo*

*Dermot*

*P. D.: Debería haberte devuelto el beso».*

Una lágrima cae sobre esas líneas y aparta mi atención de las páginas.

—Dermot —digo, poniéndome en pie—. Nunca recibí estas cartas.

—Eso es porque no las envié. Nunca me armé de valor.

*Todas esas cartas... Todo este tiempo...*

Tensa la mandíbula y su mirada me recorre el cuerpo, deteniéndose por un instante en mi pecho agitado antes de ascender hasta mi rostro.

—No era todo lo que quería hacer. Me refiero a darte la puerta.

Levanto los brazos y extendiendo las páginas, llorando de frustración.

—Entonces, por el amor de Dios, Dermot, habla. Dime de una vez lo que quieres.

No lo duda ni un segundo.

—Te quiero a ti. Quiero un nosotros. Dormiré en esta camioneta todo el tiempo que haga falta. Si en un futuro inmediato solo voy a ser tu entrenador, no me importa. Solo quiero verte triunfar, que hagas realidad todos tus sueños. Y haré todo lo que esté en mi mano para que eso ocurra. Voy a amarte incluso si no me correspondes.

El corazón se me desboca dentro del pecho, a punto de estallar por los años de verdades silenciadas y deseos incumplidos. Casi no puedo creer lo que acabo de escuchar. ¿Ha dicho que me ama?

Me acerco a él, apoyo las manos en sus rodillas y me pierdo en las profundidades de sus ojos color chocolate.

—Eres tonto, Dermot Harding. —Los músculos de su muslo se tensan bajo las yemas de mis dedos—. ¿Es que no lo sabes? —murmuro, y él se echa hacia delante para no perderse palabra de lo que estoy a punto de decir; su aliento me acaricia la sensible piel bajo la oreja—. No recuerdo un momento de mi vida en el que no te haya amado. Siempre has sido tú.

Dermot traga con dificultad, emocionado, y acerca una mano para acariciarme la mejilla. Veo sus ojos brillar bajo el sol de finales de verano y una sonrisa abrirse paso en sus labios bien formados. Unos labios que se acercan a mí, unos labios que me muerdo por sentir contra los míos de nuevo.

Así que me pongo de puntillas y lo beso, y su enorme cuerpo se cierne sobre mí y me agarra la cabeza de manera posesiva y protectora. Nos besamos y el mundo se detiene a nuestro alrededor, y todo es perfecto, todo parece irremediabilmente predestinado, como si no importara lo que hiciéramos porque siempre íbamos a terminar así, uno en brazos del otro.

Estoy sin aliento cuando se aparta, me sonrío y me acaricia la mejilla con el

pulgar.

—Nunca más volveré a dejarte. Si me dejas, me mudaré a la casa de invitados.

Le guiño un ojo entre las lágrimas que no puedo dejar de derramar.

—Lo pensaré —digo, llorosa pero feliz.

Esa misma noche, mucho más tarde, estamos tumbados sobre una manta en la caja de su camioneta. Durante la última hora he hecho que Dermot me lea sus cartas en voz alta. He llorado, nos hemos besado, e incluso se ha tomado un tiempo para desnudarme y demostrarme cuánto me ama. Y ahora estoy refugiada en sus brazos, con las piernas sobre las suyas y mirando las estrellas, que relucen como una cadena de bombillas deslumbrantes, no como en la ciudad, donde el brillo se diluye en el resplandor de sus luces. Es casi como mirar un cuadro que cambia todos los días. Y hoy hay una lluvia de meteoritos.

—Justo ahí. —Dermot levanta la mano para señalar una estrella fugaz—. Pide un deseo, Ada.

Una risa ligera brota de mis labios y me acurruco más contra él.

—¿Qué voy a desear? Tengo todo lo que siempre he querido.

—Elige algo —susurra, y me besa con dulzura en la sien.

—Bueno, quiero ganar el Denman Derby. Quiero ganarlo todo. Quizá hasta la Northern Crown. ¿Es una locura? —Sacudo la cabeza, risueña.

—No, Ada, no lo es.

—Ah, ¿no? ¿También vas a prometerme eso? —Sonrío, y le doy un codazo en las costillas, pensando que va a reírse de mí y de mis sueños imposibles.

Pero, en cambio, me mira con absoluta sinceridad.

—Lo prometo —dice.

Me besa, y entiendo en lo más profundo de mi ser que el universo tiene una forma extraña de convertir los sueños en realidad.

## EPÍLOGO

DERMOT

Suena la campana y los caballos salen disparados por las puertas. Ada me clava las uñas en la palma de la mano, temblando de anticipación y nerviosismo de los pies a la cabeza.

Esta carrera es el debut de Penny, y los dos sabemos que está muy por encima de nuestras posibilidades, que solo somos dos paletos con un pequeño caballo de carreras, pero todo el mundo tiene que empezar por algún sitio, y Ada está decidida.

Tom tuvo que pedir algunos favores importantes para convencer a un *jockey* de que montara a Penny, pero aquí estamos, casi al final de la temporada, viendo cómo vuela por la pista, con el equipamiento negro y dorado que Ada ha diseñado para el Gold Rush Ranch. La agarro de la mano y noto cómo se me clava en la palma la piedra central del anillo que le puse en el dedo hace una semana. Ella esboza una leve sonrisa, pero no aparta la mirada de la pista.

Ada y yo hemos ido muy rápido y, a la vez, no tanto. Al fin y al cabo, los dos hemos tenido tres largos años para asegurarnos de lo nuestro, y cuando lo sabes, lo sabes. Quiero a Ada, y no estoy dispuesto a esperar más o a darle tiempo para que recupere la cordura y elija a alguien mejor. Estamos planeando una boda en el rancho para la primavera, y sus padres no pueden estar más entusiasmados. Casi tanto como cuando le mostré a Tom el contrato por el que le cedía la propiedad del cinco por ciento de Gold Rush Resources. Juro que el viejo ranchero que ya peina unas cuantas canas se echó a llorar cuando vio que había usado el nombre de su amado rancho para nuestra nueva empresa. Ada puso los ojos en blanco, pero a mí no se me escapó el modo en que se enjugó las lágrimas.

—Ay, Dios. —Su voz es estridente y me devuelve la atención a la pista.

Penny está en el medio del grupo, pero perdiendo posiciones poco a poco. La pobrecita mueve las orejas como loca y parece muy nerviosa. La mayoría de los caballos de carreras pasan tanto tiempo en las pistas durante la temporada que están insensibilizados ante las luces y los sonidos, pero Penny todavía no

se ha acostumbrado.

Aunque eso ya lo sabíamos. A Ada no le importa si Penny gana o no: adora a esa yegua larguirucha y descarada, y todo lo que representa. Fue el catalizador que nos unió, nuestro propio trébol de cuatro hojas.

—Dermot —ríe Ada—. Creo que no vamos a ganar.

Su voz es ligera y divertida, y sacude la cabeza con un gesto afectuoso al ver que Penny queda relegada al final del pelotón.

La acerco a mí, la abrazo y le doy un beso en la coronilla.

—No, Ricitos de Oro. No creo que ganemos. Hoy no.

Pero algún día lo haremos. Después de todo, le hice una promesa.

## AGRADECIMIENTOS

Esta historia es corta y dulce, pero hubo mucha gente entre bambalinas, llevándome de la mano para ayudarme a lograrlo.

Melanie Harlow, sin ti este libro habría tenido una portada de novela romántica sobre la mafia y una frase promocional de novela paranormal. No puedo creer la suerte que tengo de que estés a mi lado. No dejo de pellizcarme para asegurarme de que es real.

Casey, tu ojo para el diseño y tu infalible paciencia con mis inacabables preguntas son admirables. Eres una joya.

Y Kylie, gracias por tu tiempo y tus detallados comentarios. Esta historia sería muy diferente sin tu buen ojo. Tienes un don, en serio te lo digo.

Finalmente, gracias a mi marido por ayudarme a mantener la cordura y por ser la mejor animadora que una chica podría desear. Estás guapísimo con esa faldita, cariño.

Y a mi hijo, por ayudarme a elegir la foto de portada. (*«¿A quién está besando papá en esa foto?»*).

## SALIR A GANAR

### SINOPSIS



Dermot Harding es diez años mayor que yo, un amigo de la familia y un empleado del rancho de mi padre. Y estoy enamorada de él desde que tengo memoria.

Cuando tenía dieciocho años, lo besé y me rechazó porque decía que yo era demasiado joven.

El ejército lo apartó de mi lado durante tres largos años, pero ahora que ha regresado al Gold Rush Ranch me mira de un modo diferente y sus manos se demoran sobre mí más de lo debido. Además, se ha ofrecido a ayudarme a entrenar al caballo de carreras que siempre he deseado tener.

Creía que lo había superado, pero la química que hay entre los dos es demasiado fuerte, y los motivos que nos hemos dado para mantenernos alejados desaparecen rápidamente junto con toda nuestra ropa.

Él piensa que es demasiado mayor, que no es bueno para alguien como yo y que lo nuestro nunca podrá funcionar, pero su cuerpo me cuenta una historia bien distinta.

Ya me he tragado el orgullo por él una vez. ¿Seré lo bastante insensata como para hacerlo de nuevo?

## BIOGRAFÍA DE LA AUTORA



Elsie Silver es una autora canadiense de novelas románticas que adora a los novios de novela y a las heroínas descaradas que los ponen de rodillas.

Vive en las afueras de Vancouver, en la Columbia Británica, con su marido, su hijo y tres perros, y lee vorazmente novelas románticas desde mucho antes de lo que se suponía que debía hacerlo. Le encanta cocinar y probar nuevas recetas, viajar y pasar tiempo con su hijo, especialmente al aire libre.

Elsie también disfruta levantándose a las cinco de la madrugada, que es la hora a la que suele escribir. Afirma que en ese momento puede tomar una taza de café caliente y soñar con un mundo ficticio lleno de historias románticas que compartir con sus lectores.

*Salir a ganar* es la siguiente novela de Elsie en Phoebe, después del arrollador éxito conseguido con *Ganar a toda costa* y *Ganar al límite* (2023).

[elsiesilver.com](http://elsiesilver.com)

IG: [authorelsiesilver](#)

TW: [AuthorElsie](#)

FB: [authorelsiesilver](#)

TT: [authorelsiesilver](#)

*Otros títulos  
de la autora en  
Phoebe romántica*



## GANAR A TODA COSTA

ELSIE SILVER



Vaughn Harding es mi nuevo jefe. Tiene negocios familiares en Vancouver, pero también es el propietario de este rancho, en el que cada vez pasa más tiempo.

Disfruto de nuestros combates verbales, pero hace tiempo me autoimpuse alejarme de este tipo de hombres. Estar cerca de Vaughn puede ser un suicidio en mi trayectoria profesional como entrenadora de caballos de carreras. Soy la nueva responsable del rancho y de un caballo con problemas que he prometido convertir en todo un ganador.

Tengo muchos planes, y no voy a permitir que un hombre me distraiga. Por mucha electricidad que haya cuando nos miramos o por mucho que mi cuerpo entre en combustión cuando nos rozamos. Vaughn es un vívido recuerdo

de cada tío que he tenido alrededor mientras crecía: guapo, rico y privilegiado.

Pero hay cierta tristeza en él a la que me es imposible dar la espalda. Un lado sensible bajo ese cuerpo perfecto. Burlarme de él a ratos es una cosa, ¿pero entregarle mi corazón?

Debería haberlo pensado antes...

Mantener una relación profesional con mis empleados nunca ha sido un problema. Hasta que Billie Black se presenta en mi propiedad.

Billie tiene talento, no sabe mantenerse callada y es jodidamente tentadora. No podemos dejar de retarnos desde el momento en que nos conocemos. Y aquí es difícil mantener las distancias. Y todavía es más difícil evitar que esa fricción se convierta en fuego.

Billie lo tiene todo, es una mujer inteligente con un cuerpo con el que fantaseo a todas horas, y posiblemente la única mujer que puede salvar mi negocio... y a mí.

Me vuelve loco en todos los sentidos de la palabra. Deseo sus labios, su confianza, su alma... Lo quiero todo.

Pero ¿cuál será el precio que tenga que pagar por ello?

Porque, de repente, no solo quiero que mis caballos ganen carreras: también quiero conquistar a esa chica.

Captura en el código  
los primeros capítulos de  
*Ganar a toda costa*



## GANAR AL LÍMITE

ELSIE SILVER



He visto cada delicioso milímetro del cuerpo de Violet Eaton, pero ella no tenía ni idea de quién era yo.

Hasta ahora.

Lo que ocurrió entre nosotros *online*, en los chats, se suponía que era anónimo y que debía permanecer en el pasado.

Hasta que dejó de hacerlo.

Este es un mundo muy pequeño, y el pueblo de Ruby Creek lo es aún más. Cuando me he mudado aquí y nos hemos visto obligados a vivir bajo el mismo techo, mi máscara de hombre duro se ha venido

abajo sin remedio.

Con cada rubor de sus mejillas, en cada ocasión en que sus ojos brillan con calidez, cada vez que me suplica que no pare, el muro de hielo que he levantado a mi alrededor se derrite un poco más. Ella me hace desear cosas que no pueden ser. Cosas con las que sueño desde que la vi por primera vez hace dos años. Cosas que no merezco.

Pero las heridas de mi pasado tienen el poder de destruirnos a los dos. Como exsoldado, debería tener la disciplina necesaria para alejarme, pero cuanto más me abro a Violet, más quiero permanecer a su lado.

Regresé de la guerra como un hombre diferente, pero mis cicatrices eran muy anteriores, y más profundas de lo que nadie podría imaginar. Planeaba que todo siguiera igual y mantener ocultos mis secretos.

Hasta que apareció ella...

Captura en el código  
los primeros capítulos de  
*Ganar al límite*

